

LA AFILIACION EN LOS PARTIDOS DE MASAS: LA EXPERIENCIA SOCIALISTA DEMOCRATICA (1889-1978)

Por STEFANO BARTOLINI

Este artículo representa un primer análisis de datos relativos a la afiliación en los partidos de la Europa occidental, recogidos de numerosas fuentes y con la ayuda de muchos estudiosos europeos (1). Hay que tener en cuenta, sin embargo, que las cifras que han sido reunidas en relación a los partidos socialistas, socialdemócratas y laboristas presentan amplios problemas de comparación, en particular respecto a tres diferencias tanto en el seno de cada nación como entre unas y otras naciones: 1) el problema de la afiliación colectiva frente a la individual; 2) el problema de si deben ser incluidos o no los sectores femeninos de los partidos, las organizaciones juveniles, las mutualidades, las cooperativas y demás organizaciones subordinadas a los partidos, y 3) el problema representado por las transformaciones que se han producido en los métodos contables de los partidos.

El primer problema es el más difícil de resolver. Tres países europeos tienen partidos socialistas cuya afiliación incluye tanto a miembros individuales con carnet como a colectivos de miembros afiliados a través de los sindicatos: Gran Bretaña, Suecia y Noruega. Sin embargo, en el caso británico se han hecho públicas las cifras relativas a la afiliación individual desde 1928. Estas cifras son las utilizadas en nuestros cálculos. Aunque no existen cifras relativas a los miembros individuales con carnet de los Partidos Laboristas sueco y noruego, hay cálculos aproximados que señalan que en

(1) Por la ayuda que me han prestado en la recogida de datos nacionales y por sus útiles sugerencias, mi agradecimiento a WILFRED DEWACHTER, PETER GERLICH, PERTTI PESONEN, GUNNAR SJÖBLOM y HENRY VALEN. Debo agradecer en particular a PETER MAIR su ayuda y sus sugerencias a lo largo de la preparación de este artículo.

Suecia la afiliación colectiva representa el 70 por 100, aproximadamente, del total de la afiliación de la posguerra. En Noruega esta cifra sería de un 40 por 100 (Elvander, 1977). Sin embargo, en nuestros gráficos y cálculos, las cifras de afiliación de estos Partidos Laboristas se utilizan junto con las de aquellos partidos sin afiliación colectiva alguna, aun cuando esto debilita el sentido de la comparación. Pero este problema es menos decisivo de lo que parecería desde un punto de vista meramente británico, ya que, en especial en Noruega, la afiliación indirecta no se canaliza a través de federaciones de nivel nacional. Cada sindicato local toma sus decisiones respecto a la afiliación por votación de la mayoría. Los miembros individuales pueden, pues, quedar fuera de modo relativamente fácil. En términos financieros, esto significa a menudo bien poca cosa, ya que los sindicatos ofrecen su apoyo financiero al partido en base a un fondo común sin especificar los nombres de quienes contribuyen (Rokkan y Valen, 1962), pero, a la hora de efectuar una valoración, este tipo de afiliación debería indicar un compromiso político más profundo con el partido del que se da en Gran Bretaña.

Tres supuestos necesarios, aun cuando no totalmente realistas, han iluminado la preparación de este artículo: 1) los datos reunidos son dignos de confianza; 2) la proporción de individuos que no sólo son nominalmente miembros, sino que están además comprometidos en la vida y las actividades del partido es la misma en todos los países, y 3) esta proporción no cambia con las modificaciones de la cifra absoluta de afiliados en cada país. Este último supuesto significa que podemos evitar el importante problema que supone tener que dilucidar si un aumento o disminución de estas cifras supone o no realmente un cambio correspondiente en el nivel de militancia del partido y en el nivel de los recursos organizativos del partido.

La primera parte de este artículo tratará brevemente el problema del significado histórico de la «afiliación» por lo que a los partidos socialistas europeos se refiere. En la segunda parte, los datos relativos a trece países se compararán directamente y mediante el uso de un índice muy sencillo a menudo utilizado en este tipo de estudios. En la tercera parte se revisarán y, en ciertos casos, se comprobarán empíricamente mediante la utilización de datos globales las hipótesis utilizadas con mayor frecuencia para explicar las fluctuaciones en el volumen de la afiliación. Finalmente, se presentarán y discutirán brevemente otros problemas e hipótesis pertinentes, subrayando el tipo de datos a reunir y de análisis a efectuar a fin de desarrollar teorías más exactas sobre la afiliación y la militancia de los partidos, así como para señalar la pertinencia de dichos estudios en relación a la más amplia problemática de la diversa función futura de los partidos de masas de Europa occidental.

I. LA FUNCION TRADICIONAL DE LA AFILIACION
EN LOS PARTIDOS SOCIALISTAS

Entre las más importantes contribuciones que el estudio de la sociología electoral ha brindado a nuestra comprensión de la sociedad contemporánea, sin duda se encuentra el reconocimiento del complejo proceso mediante el cual la multiplicidad de funciones sociales, culturales, económicas y políticas se traducen en alternativas políticas y electorales. No es que la sociología clásica no tuviera conocimiento de dicha complejidad, sino que, más bien, la moderna sociología electoral ha proporcionado pruebas empíricas tales que incluso los modelos más elaborados y menos deterministas relativos a la relación entre la estructura social y el comportamiento político se convierten en problemáticos.

No es sorprendente, pues, que nos hayamos visto impulsados a reconsiderar la importancia de los partidos políticos y de otras instituciones en el proceso que ha producido la actual estructuración de las principales líneas de ruptura y agrupamiento político. Claramente, este elemento debe ser reconsiderado si aceptamos que la totalidad del proceso por el cual la experiencia personal se ha traducido en alternativas políticas «no podría haberse completado sin los esfuerzos organizativos de los partidos y de sus *militantes*, sin su actividad de educación y promoción y sin sus incansables presiones para movilizar cada vez más a sus simpatizantes» (Rokkan, 1970, pág. 422). Durante toda su labor investigadora, Stein Rokkan se ha ocupado directa o indirectamente de este proceso histórico, describiendo a sus protagonistas como agentes decisivos, dedicados durante la época de ampliación del sufragio a la dura batalla de lograr mayores apoyos, a lo largo de décadas de trabajo oculto y oscuro a cada lado de las principales líneas de ruptura. De hecho, este cuadro demuestra claramente que la función histórica de los afiliados y activistas de los partidos debe ser considerada como el elemento básico del desarrollo y la estructura de la política de masas. Es más, el olvido de la afiliación de los partidos como tema de estudio puede ser debido, precisamente, a que no se la considera desde este punto de vista, sino más bien en términos de los problemas de representatividad, vida interna de los partidos y, de modo más general, en términos de participación de los ciudadanos en la vida política.

Los partidos socialistas democráticos no han constituido ni el primer tipo de partidos ni el único que ha desarrollado un carácter de organizaciones de masas. En algunos países han existido ilustres predecesores en los movimientos nacionalistas y confesionales. En Gran Bretaña, las organizaciones

verdaderamente de masas se remontan a la reorganización del Comité Local de Birmingham del Partido Liberal (Ostrogorski, ed. 1970, vol. I, págs. 161-203). Incluso los conservadores, después de haber condenado durante mucho tiempo el sistema de Chamberlain, desarrollaron algunas de las características de un precoz «partido popular de masas» (Cornford, 1964).

El hecho de que algunos partidos socialistas hayan sido precedidos por otros partidos con organizaciones de masas —como ha sucedido en Holanda y Bélgica— podría haber facilitado incluso su desarrollo, en el sentido de que la legitimidad de este tipo de organización ya habría sido reconocida. En la mayor parte de los casos, los partidos socialistas de la Europa continental se desarrollaron en apartamiento y en un medio ambiente hostil, combatidos con métodos diversos por las autoridades establecidas y obligados a movilizar sus propios recursos a fin de superar su ostracismo. Por tanto, la organización de un amplio número de seguidores y la transformación en *ghetto partei* habría de ser su previsible respuesta al problema de introducirse en sus respectivos sistemas políticos.

A pesar de las diferentes dificultades con que se enfrentaron durante su desarrollo los diversos partidos socialistas, así como la influencia que dichas dificultades hayan podido ejercer sobre su organización de masas, se puede afirmar con seguridad que cada uno de ellos dio un nuevo significado a la idea de afiliación en comparación a las de las organizaciones de masas que les habían precedido. La combinación de diversos factores, que iban desde la necesidad de reclutar dirigentes en las clases inferiores a la necesidad de aumentar la democracia en el partido y de elevar los niveles de conciencia política en las clases trabajadoras, etc., impulsaron la estructura organizativa a un alto grado de formalización y de diferenciación de funciones. De hecho, hasta el punto de provocar las acusaciones de Michels.

Los afiliados constituían la fuente financiera prominente, si no única, del partido y su prensa; llevaban a cabo la labor de educar (y no sólo políticamente) a una población trabajadora con bajos niveles de conciencia de clase; proporcionaban al partido fuerza de trabajo económica para la realización de todo tipo de trabajos necesarios, y en numerosos casos proveían asistencia y protección médica y legal a los trabajadores y a los grupos de simpatizantes potenciales del partido. Como resultado de esto, podría afirmarse seguramente que los resultados electorales alcanzados por los partidos socialistas europeos durante este período de implantación y consolidación se debieron principalmente al aumento de sus afiliados y a su crecimiento organizativo. La «implantación externa» de los partidos socialistas democráticos y su función de intrusos excluidos del gobierno y del poder implicaban la necesidad de utilizar su principal recurso —una amplia afiliación y una po-

tente estructura organizativa— como instrumento de presión y como método de estructurar un centro de poder alternativo en contra de la influencia de la Iglesia, de la intervención de la burocracia estatal, etc. La afiliación acarrea la militancia.

Es en base a esta realidad que Duverger desarrolló su concepto de partido de masas como alternativa al *parti de cadres* que surgió durante el siglo pasado en los parlamentos europeos. Y es también en base a esta realidad, así como a la situación en el período inmediato al final de la guerra, que Duverger desarrolló la idea de que este tipo de partido representaba el futuro de todos los partidos y de que los partidos «burgueses» se verían obligados a seguir su ejemplo (así como el ejemplo de los partidos confesionales de masas).

Si, treinta años más tarde, comparamos esta realidad originaria con la situación actual, parece ser que, en *términos funcionales*, la tradicional función de la afiliación en los partidos socialistas democráticos ha quedado profundamente dañada por las grandes transformaciones de la posguerra en la economía, la estructura social y las comunicaciones. El objetivo de una toma del poder, o simplemente de una dura batalla contra las autoridades externas, que requiere un elevado nivel de empeño y de agitación a nivel de la base, es difícilmente compatible con estos partidos después de una etapa que se ha caracterizado por su masiva participación en el gobierno. El desarrollo de comunicaciones sociales a nivel nacional, como la radio y la televisión, que se han ido convirtiendo en canales cada vez más importantes para los mensajes políticos, ha producido consecuencias de amplio alcance en los procesos de comunicación de los partidos y de sus organizaciones. El advenimiento del Estado del bienestar social —mediante los impulsos de estos mismos partidos socialistas— ha hecho que le quedaran inevitablemente asimiladas la mayor parte de las funciones arriba indicadas de educación, asistencia legal y médica, etc., desarrollándolas con una extensión y una profundidad incomparablemente superiores. Finalmente, incluso la función financiera de la afiliación ha sido desafiada por la explotación por parte de los partidos de negocios y empresas comerciales y, *last but not least*, por la introducción de la asistencia financiera mediante recursos públicos a partir de los años sesenta.

Paradójicamente, estas transformaciones posbélicas han llevado a otros notables expertos en partidos europeos a dar la vuelta a la hipótesis de Duverger. Epstein ha hablado de un «contagio de la derecha» en relación a los partidos socialistas democráticos (1967, págs. 257-261) y Kirchheimer, en un análisis más elaborado que parte de los cambios estructurales en las sociedades europeas de la posguerra, ha subrayado, aun a pesar suyo, el

proceso de creciente uniformidad entre los partidos europeos al modelo de asimilación general (*catch-all*), con su implícito «deterioro de la función de los afiliados individuales» (1966, pág. 190).

Como intentaremos argumentar en este artículo, adoptando una perspectiva histórica más amplia, una diferencia tan profunda y un cambio tan rápido en la valoración de la función y del futuro de los partidos de masas es algo menos paradójico de lo que podría parecer a primera vista. Como quiera que, como subraya Rokkan, después de sus esfuerzos iniciales, los partidos han alcanzado ahora la etapa de la «guerra de trincheras» en la que no pueden pretender grandes conquistas y avances, ¿no es plausible que los rendimientos decrecientes de los esfuerzos adicionales de movilización hagan que la afiliación pierda su importancia o cambie drásticamente de función, o ambas cosas a la vez? (2). A la luz de estas opiniones opuestas y controvertidas, estudiaremos los datos reunidos, teniendo en cuenta que las fluctuaciones en la afiliación de los partidos son a menudo objeto de supuestos generales y sólo en pocas ocasiones de un sistemático estudio comparativo y que la escasez de investigaciones sobre el tema es inmensa. Volveremos a tratar el problema general de la función futura de la afiliación en los partidos de masas en la parte final de este artículo.

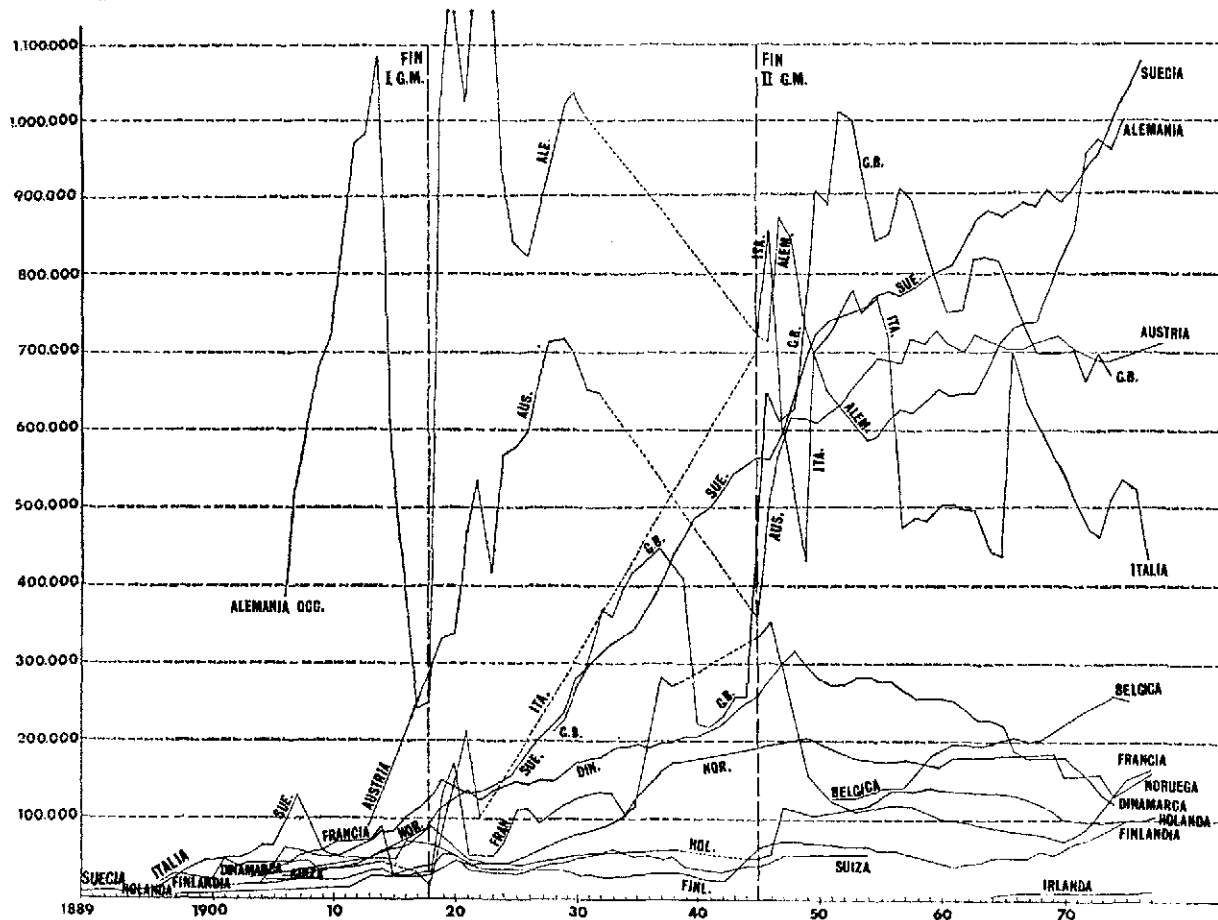
2. LA AFILIACION EN LOS PARTIDOS SOCIALISTAS DEMOCRATICOS: UNA VISION DE CONJUNTO

En el período que va desde la última década del siglo pasado a la época posbélica, la afiliación en los partidos socialistas democráticos sufrió un proceso de creciente diferenciación en cada uno de los países en relación al número de afiliados (véase el gráfico I). Con la única excepción de los socialdemócratas alemanes, el número de afiliados de los partidos socialistas democráticos no varió mucho hasta comienzos de la primera guerra mundial. Los partidos socialistas no recibieron mucho apoyo en términos de afiliación, aun cuando algunos de ellos ya habían alcanzado importantes éxitos electorales (como es el caso de Finlandia, por ejemplo, donde el Partido Socialdemócrata consiguió el 37 por 100 de los votos en 1907 y casi el 45 por 100 en 1917). Aunque el crecimiento de la afiliación es continuo, es también gradual y a menudo menor en proporción al crecimiento electoral.

Durante la entreguerra, las diferencias entre partidos aumentan consi-

(2) ROKKAN, sin embargo, no comparte esta opinión.

GRAFICO I: LOS AFILIADOS A LOS PARTIDOS SOCIALISTAS DEMOCRATICOS EN CIFRAS ABSOLUTAS



LA AFILIACION EN LOS PARTIDOS DE MASAS

derablemente. La primera guerra mundial dio como resultado un gran avance de algunos partidos (austriaco, sueco, danés, francés y noruego), mientras que otros permanecieron completamente estabilizados (finlandés, holandés y suizo). A la hora de dar cuenta de estas diferencias, no sólo hay que tomar en cuenta la movilización para la guerra que se produjo en ciertos países, sino también la influencia de las reformas electorales del período, que concedían la franquicia electoral a nuevas categorías de electores. Se puede argumentar que la extensión de los derechos electorales puede haber estimulado políticamente a un sector mayor de la población, haciendo que se abriera a otras formas de comportamiento partidista tal como la afiliación a un partido.

En términos de cifras absolutas de afiliación, el período determinante ha sido el de 1918-1941 y los partidos que «despegan» durante estos años son los que alcanzan más tarde los máximos niveles de afiliación. Aquellos que no alcanzan el umbral de los cuatrocientos mil afiliados en el período de entreguerra, se estabilizan o decaen durante el período de posguerra. De hecho, *después de la segunda guerra mundial no se produce ningún «despegue»*.

El período posterior a 1945 se caracteriza por la máxima discontinuidad en la afiliación a los partidos. Los partidos se dividen claramente en dos grupos, uno de los cuales posee afiliaciones que están muy por debajo del nivel de los trescientos mil, mientras que en el otro las afiliaciones pasan en cada caso de quinientos mil. Además, si el período de entreguerra se caracteriza por la transformación y el desarrollo de la mayor parte de los partidos, el período de posguerra está marcado por la estabilidad.

Las características definitorias de cada uno de los períodos históricos son particularmente interesantes, ya que la jerarquía de los países en términos de cifras absolutas de afiliados no es nada similar a la jerarquía establecida en términos de población nacional. Aun cuando, con posterioridad a 1945, Gran Bretaña, Alemania Occidental e Italia (contando con el hecho de que Suecia, en realidad, no se puede comparar) se encuentran a la cabeza, Francia ha sido superada por la mayor parte de los países pequeños. Holanda tampoco ocupa una posición de rango medio compatible con su amplia población, mientras que las cifras de afiliación de los socialistas austriacos son particularmente impresionantes. En resumen, está claro que la propensión de los ciudadanos a afiliarse a un partido varía enormemente de un país a otro. Esto es cierto incluso si se considera que en ciertos países —en particular en Francia e Italia— los afiliados al partido socialista deberían sumarse a los a menudo más numerosos afiliados a los partidos comunistas, así como a los de otros partidos de la izquierda, si se desea esta-

blecer una comparación con los afiliados de los grandes partidos socialistas del Norte de Europa.

Si se combina el criterio del tamaño de la población con el de la dimensión electoral del partido, el nivel jerárquico real todavía no se corresponde con el nivel esperado. La propensión nacional a afiliarse a los partidos varía hasta tal punto que se distancia totalmente del criterio de las dimensiones. De hecho, sería interesante someter a ulteriores comprobaciones la jerarquía relativa a la propensión a afiliarse de estos países utilizando datos similares de otros países. Si una vez hecho esto la jerarquización siguiera siendo la misma de manera general, la idea apuntada quedaría reforzada.

Las diferentes propensiones nacionales a afiliarse a un partido pueden vincularse a ciertas características del sistema. Por ejemplo, si tomamos en cuenta las cifras de afiliación de todos los partidos de masas, Italia resultaría, sin duda, el país «más rico» en términos de afiliados a partidos, pero no hay que subestimar la influencia de veinte años de régimen fascista de partido único, durante los cuales la afiliación al partido era a menudo requisito necesario no sólo para las actividades políticas, sino también para las económicas y las sociales. Esto a su vez ejerció una fuerte influencia sobre la cultura política y sobre las actitudes hacia los partidos, reforzando, por tanto, la propensión de los italianos a afiliarse a los partidos durante la posguerra.

En otros países, como es el caso de Austria, también podría existir una estrecha relación entre los esfuerzos llevados a cabo por el partido para transformar a cada uno de sus votantes en miembro pleno del partido y el modelo de «campamento militar» de articulación societaria, o la necesidad de organizar de manera total las respectivas subculturas dentro del modelo asociacionista (Gerlich, 1978).

Un segundo elemento claro del período posterior a 1945 en la mayor parte de los países está representado por el agotamiento de la firme tendencia de crecimiento de la afiliación en los partidos socialistas democráticos. Como puede verse muy bien en el gráfico I, no existe una tendencia clara de aumento con posterioridad a 1945. Si hubiera que describir una tendencia sería más bien de disminución. En realidad, sólo Bélgica, Suecia y Alemania occidental experimentan aumentos de afiliados. También habría que señalar que Suecia constituye un caso muy ambiguo debido a su elevada proporción de afiliados colectivos: de hecho, los expertos de este país subrayan que, si se hace abstracción del efecto de la afiliación colectiva, se ha producido una *disminución* en el número total de afiliados desde los años cincuenta (Sjöblom, 1978, pág. 66). Así, pues, si no fuera por el

elemento de afiliación colectiva, la tendencia en Suecia habría sido muy similar a las tendencias de rápida disminución de Dinamarca y Noruega. Además, el particularmente pronunciado modelo corporativo de la sociedad sueca ha permitido posiblemente al Partido Socialdemócrata cubrir mediante la afiliación por organizaciones —que van más allá de los sindicatos tradicionales— las pérdidas en la afiliación individual.

Así, pues, sólo son comprobables tendencias positivas constantes en Alemania occidental y en Bélgica, casos ambos de particular interés. En relación a Bélgica, sólo existen datos disponibles del período posbélico, ya que con anterioridad el partido poseía una estructura indirecta y federal (Dewatcher, 1976, pág. 309); además, los datos son totalmente dignos de confianza sólo a partir de los crecientes esfuerzos para centralizar la administración del partido durante la década de los sesenta (Rowies, 1977, página 14). Sin embargo, lo que es importante subrayar es el hecho de que el continuo crecimiento de la afiliación del partido se produce en una situación particularmente desfavorable, es decir, durante un período de aguda decadencia electoral y en un medio ambiente político que los expertos definen como caracterizado por la relativa apatía de los ciudadanos, por unos valores y una cultura elitistas y, consiguientemente, por la función relativamente poco importante reservada a militantes y afiliados (Dewatcher, 1978, página 37).

El caso incluso del SPD ofrece algunas características poco convencionales, que merecen ser apuntadas, ya que desafían concepciones de la sabiduría convencional en relación al desarrollo de la afiliación. En clara oposición a la especulación lógica y a las hipótesis sintetizadas en el principio de este artículo, el Partido Socialdemócrata alemán, dirigido por Schumacher, experimentó una fuerte disminución de la afiliación hasta 1953, es decir, durante el período en que el Partido se encontró muy próximo al modelo de «partido de integración de masas» y en el que el énfasis ideológico y la utilización funcional de los afiliados eran todavía de tipo clásico (Hartenstein y Liepelt, 1962). Por el contrario, la afiliación creció con un ritmo cada vez mayor después de que el partido comenzara su transformación siguiendo el modelo de asimilación general (*catch-all*).

Aparte las excepciones antes apuntadas, el resto de los países han tenido afiliaciones que disminuían o estaban paralizadas, aunque siguiendo pautas muy diversas. En el caso de Gran Bretaña, la disminución de los afiliados individuales se hace aún más pronunciada si tenemos en cuenta que durante los años sesenta se llevaron a cabo enmiendas en los estatutos a fin de aumentar las diferencias entre afiliados al partido y afiliados a los sindicatos e impulsar a los individuos a afiliarse a nivel individual. Una enmienda

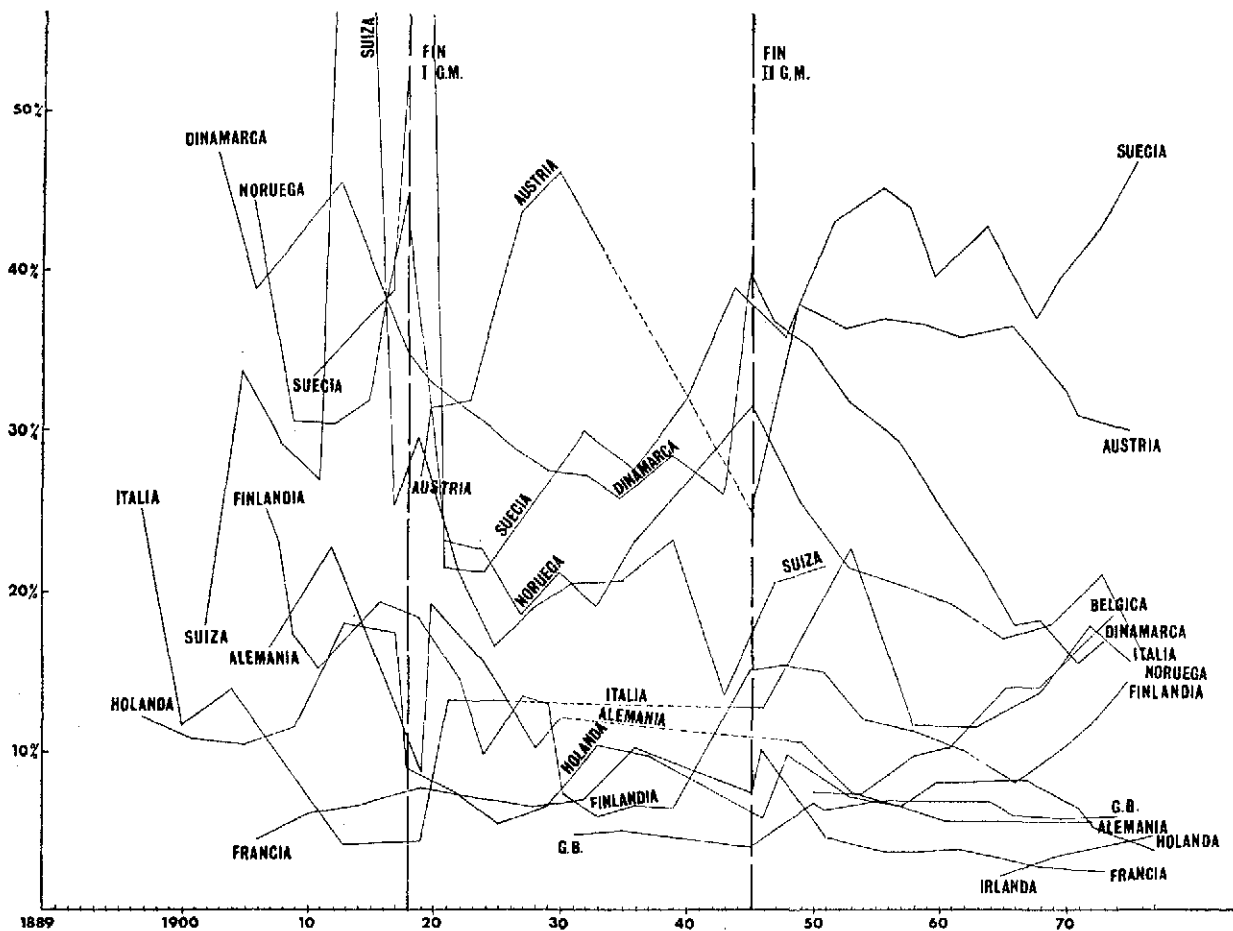
de los estatutos en 1962 establecía que sólo aquellos miembros de los sindicatos que estuvieran afiliados al partido a nivel individual podrían ser delegados de los sindicatos en el Congreso del partido. En 1965 se sugirió lo mismo en relación a la asistencia a reuniones de circunscripción electoral. Además, hay que añadir que durante ese mismo período el Partido Laborista adoptó la norma de que los sindicatos locales deberían afiliarse en grupos de no menos de mil miembros. Como quiera que la afiliación de un sindicato local de tamaño medio no era superior a las quinientas personas, podemos deducir que el nivel real de afiliación individual de los años setenta es mucho más bajo de lo que hacen creer las cifras oficiales. Precisamente, datos exactos de encuestas han demostrado que durante los últimos años las cifras reales de afiliación individual no representan sino la mitad de las cifras proporcionadas oficialmente (Leonard, 1976; Martín, 1977, y *Committee on Financing of Political Parties*, 1976).

Una disminución continua y bastante grave se ha experimentado en Dinamarca, Noruega (después del crecimiento anterior, que finalizó en 1948-1949) y Francia, país este que se ha recuperado mucho a partir de 1970. Las pautas seguidas en los casos holandés e italiano son más complejas. En el primer caso hay una especie de zig-zag con un altiplano entre 1955 y 1965. El zig-zag italiano refleja la turbulenta historia del socialismo italiano y sus inesperados cambios no pueden ser comprendidos sin hacer referencia a las numerosas escisiones y reunificaciones del Partido Socialista. La afiliación aumentó hasta comienzos de los años cincuenta, disminuyó lenta, pero consistentemente hasta comienzos de los sesenta y ha aumentado sin cesar desde entonces.

Un sistema importante de medida es, sin duda, la afiliación como proporción del electorado socialista (véase el gráfico II). Esta es la medida utilizada ampliamente por Duverger (1967, págs. 114-120). Sin embargo, aun sin negar su importancia, su valor para fines comparativos es dudoso. En pocas palabras, no está muy claro qué es lo que se mide con este índice si se usa en relación a un período de tiempo, ya que es muy dependiente de las fortunas electorales de cada partido, que a su vez varían enormemente. Esto queda muy evidente si observamos más adelante los gráficos IV a XV. Estos gráficos demuestran que la afiliación es muy poco sensible a diferencias importantes entre partidos y países hasta el punto de que un pequeño partido de izquierdas que sea débil electoralmente, pero que tenga unos miles de afiliados poseerá un elevado índice del tipo señalado que, sin embargo, no tendrá relación alguna con su presencia real en la sociedad.

Si tomamos a Italia como ejemplo, está claro que la relación afiliados-votantes es allí mayor que en Holanda, Alemania occidental o Gran Breta-

GRAFICO II: LOS AFILIADOS A LOS PARTIDOS SOCIALISTAS DEMOCRATICOS COMO PROPORCION DE SUS VOTANTES



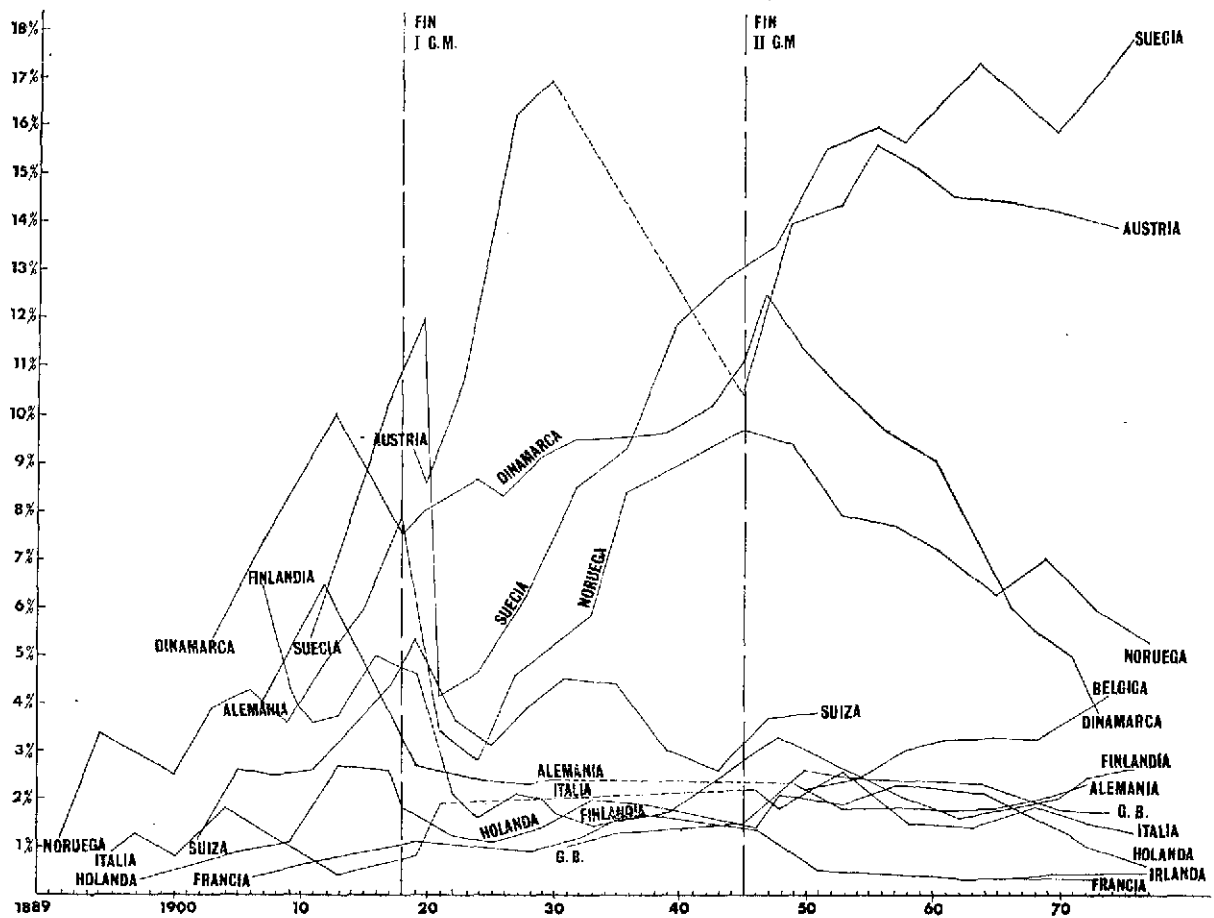
STEFANO BARTOLINI

ña, y se acerca mucho a la de Dinamarca, Noruega y Bélgica. Pero en términos de *presencia social* —o sea, en términos de la relación afiliados-totalidad del cuerpo electoral (véase el gráfico III)— Italia está muy alejada del último grupo de países mencionados y muy cerca del primer grupo. Si la presencia social de los militantes socialistas italianos es similar a la de los alemanes occidentales, ¿qué significado tiene decir que el PSI posee un índice afiliados-votantes más elevado que el del Partido Laboralista británico o el del SPD? El único significado podría ser que un índice más elevado supone contactos más cercanos entre votantes y militantes y, como consecuencia hipotética, un mayor encuadramiento de los electores y un mayor alcance de la organización del partido. En este sentido el índice *afiliados-votantes* podría considerarse como una especie de indicador de la respectiva implantación subcultural de cada partido. Pero es probable que ninguna de estas conclusiones sea empíricamente verdadera.

En realidad, el gráfico II configura una representación bastante difícil de aprehender e interpretar. No es posible establecer una diferenciación o un agrupamiento de los partidos de modo realmente significativo durante todo el período perteneciente al siglo XX. Dados los grandes saltos del índice determinados por las fortunas electorales de los partidos, las tendencias son mucho menos claras que en los gráficos I y III. La única conclusión evidente que puede sacarse es que mientras que la afiliación en cifras absolutas y la proporción de afiliados a los partidos socialistas respecto a la totalidad del censo electoral muestran una tendencia abiertamente positiva en el tiempo, el índice afiliados-votos logrados por el partido no muestra tal tendencia. En otras palabras, el aumento de los votos y el aumento de los afiliados a un partido son paralelos, proporcionando una imagen de estabilidad a largo plazo del índice mencionado. Esto demuestra por sí solo la limitada utilidad de dicho índice. Por tanto, a fin de analizar las posibles conexiones entre las fluctuaciones de la afiliación y otros procesos políticos tales como la movilización y la propaganda electorales, la fortaleza organizativa, etc., necesitamos un índice que sea completamente independiente de algo que es a menudo la última variable dependiente, como es el caso de los resultados electorales.

El gráfico III representa a los afiliados como proporción de la totalidad del electorado. Es este un método más fiable e interesante para establecer comparaciones internacionales (debido a que el crecimiento relativo del electorado en los diferentes países debería ser bastante similar) y, por tanto, proporciona un punto de referencia más uniforme en la valoración y comparación de las tendencias de la afiliación. Este índice nos permite, asimis-

GRAFICO III: LOS AFILIADOS A LOS PARTIDOS SOCIALISTAS DEMOCRATICOS COMO PROPORCION DE LA TOTALIDAD DEL ELECTORADO



STEFANO BARTOLINI

mo, comparar países según el grado de presencia de la organización socialista en la sociedad en general.

El primer punto que emerge del gráfico III es que el orden jerárquico de los partidos socialistas democráticos es muy diferente del resultante del gráfico I. La mayor diferenciación respecto a las tendencias de los partidos tiene lugar durante la década de los años veinte, cuando los socialdemócratas suecos, austríacos, noruegos y daneses se ponen a la cabeza. El crecimiento de los afiliados en términos absolutos sobrepasa claramente al crecimiento del electorado, con el resultado de que estos partidos refuerzan continuamente su presencia organizativa en sus sociedades respectivas.

Sin embargo, el período posterior a 1945 da lugar a transformaciones aún más profundas en este grupo de países. El socialismo sueco es el único capaz de aumentar aún más su presencia social (aunque solamente mediante la afiliación colectiva, como se señala anteriormente), mientras que el partido austríaco permanece estabilizado y los de Noruega y Dinamarca sufren una dramática decadencia. El índice de presencia social en estos últimos dos países se caracteriza por una impresionante distribución normal a lo largo del período de nuestro siglo. El apogeo se alcanza durante los años cincuenta, cosa que significa en realidad que la disminución de la presencia de afiliados socialistas en el electorado en general precede al menos en diez años a la crisis electoral de los socialdemócratas en la segunda mitad de los años sesenta y, hasta cierto punto, ayuda a explicar dicha crisis.

El segundo elemento interesante que se observa en el gráfico III es que, a pesar de la fuerte disminución de los afiliados a los partidos laboristas danés y noruego, los países pequeños conservan su primacía sobre aquellos con mayor población. Durante los años setenta, los seis países con el índice más elevado de afiliados socialistas respecto a la totalidad del electorado han sido Suecia, Austria, Noruega, Bélgica, Dinamarca y Finlandia. Los únicos países pequeños que constituyen una excepción de esta regla son Holanda —que es de hecho el mayor de los países pequeños— e Irlanda. Esta correspondencia es suficientemente notable como para que nos sea permitido suponer que la pequeñez de un país facilita directamente el proselitismo y la penetración socialistas. Todo esto reforzaría una vieja generalización acerca de la relación negativa entre tamaño, participación y democracia.

Por otro lado, podría argumentarse que aquellos países que cuentan con una antigua participación de los socialistas en el gobierno se mantienen desde hace tiempo a la cabeza de la jerarquía. Los partidos socialistas a que nos referimos han tenido una función de organismos de distribución de bienestar social y de poder durante amplios períodos de tiempo. Es éste

un argumento de «economía política», que sugiere que las personas se afilian a los partidos políticos debido a que reciben de ello una compensación material y que esta compensación aumenta cuando los partidos socialistas poseen más poder y más fácil acceso al gobierno.

Otro aspecto que merece ser apuntado consiste en la pauta de desarrollo más estable que posee el SPD alemán en el gráfico III en comparación con su enorme crecimiento en términos absolutos. En cierto sentido, el SPD se ha mantenido al mismo nivel que el electorado alemán (que ha crecido de forma muy rápida), lo que supone un logro nada pequeño, e incluso ha aumentado su presencia relativa a partir de 1965.

Por regla general, para muchos de los partidos que han experimentado una disminución de los afiliados, así como para aquellos que han permanecido esencialmente estables, la tendencia del gráfico III queda un poco más acentuada que en los demás gráficos en el sentido de que no han podido aumentar o mantener su presencia en el electorado en general, aun cuando es posible que hayan visto aumentar el índice afiliados-electores propios como consecuencia de que sus afiliados disminuían menos que sus electores. Un ejemplo evidente es el de Holanda (3).

El último elemento digno de ser apuntado se refiere a la situación generalmente baja de Francia en todos los gráficos. Esto indica claramente la debilidad estructural no sólo del socialismo francés (en 1970 sólo había un afiliado socialista por cada quinientos votantes), sino de los partidos franceses en general, en un país en el que la gente parece mostrarse verdaderamente reacia a apoyar de modo directo a los partidos políticos y en el que la militancia no está considerada de manera positiva por un amplio sector de la población, sino que más bien se la considera a menudo como un comportamiento no totalmente legítimo.

3. ALGUNAS HIPOTESIS

La literatura de la que podemos sacar hipótesis y conclusiones teóricas en relación a la afiliación en los partidos sigue claramente dominada por el exhaustivo tratamiento del tema en el clásico estudio de Duverger (1967, capítulo X). Las hipótesis que examinaremos aquí, pues, han sido sacadas de dicha fuente, así como del libro de Svenson y de los más convencionales conocimientos sobre el tema.

(3) Estas consideraciones están basadas en la proporción del cambio, no en las tendencias visuales de los gráficos. Estas últimas son en parte engañosas debido a los cambios de la escala de referencias.

GRAFICO IV: AUSTRIA

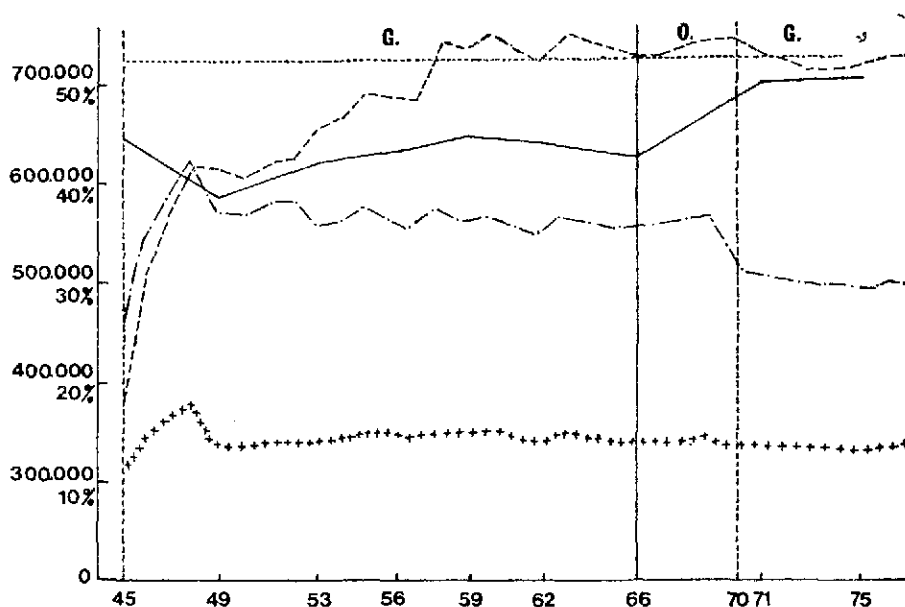
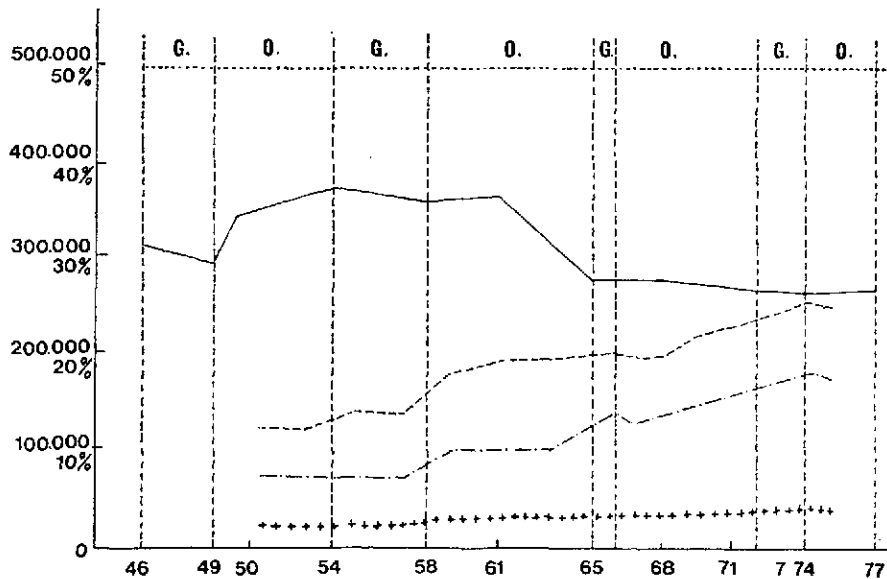


GRAFICO V: BELGICA



— = Proporción de votos alcanzados por el Partido.
 - - - = Afiliados en cifras absolutas.
 - · - · - = Afiliados como proporción de los propios votantes.
 + + + + = Afiliados como proporción de la totalidad del electorado.

G = En el Gobierno.
 O = En la Oposición.

GRAFICO VI: DINAMARCA

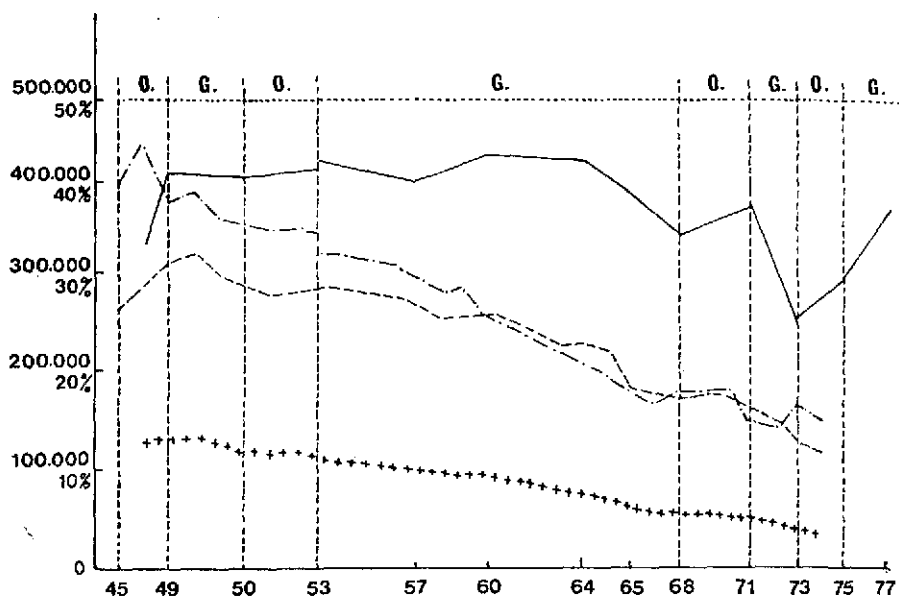


GRAFICO VII: FINLANDIA

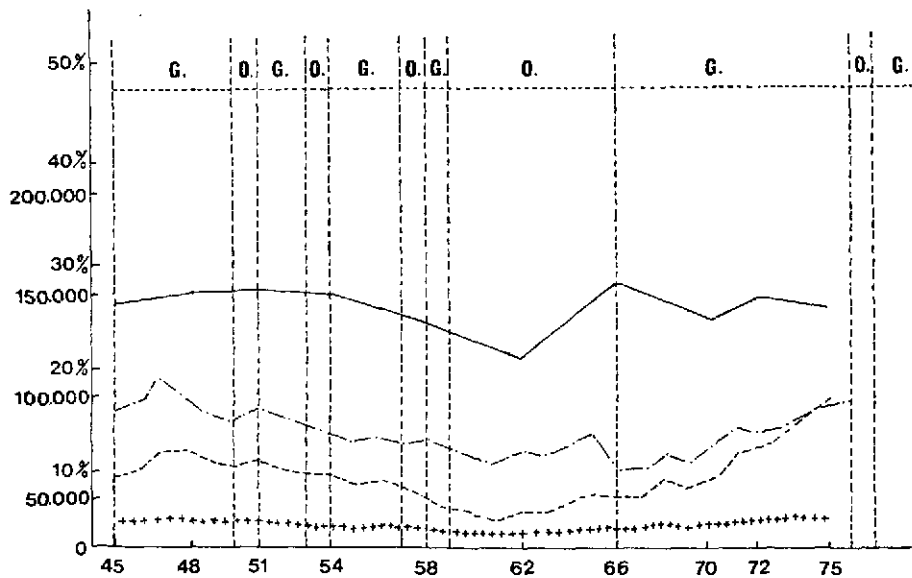


GRAFICO VIII: FRANCIA

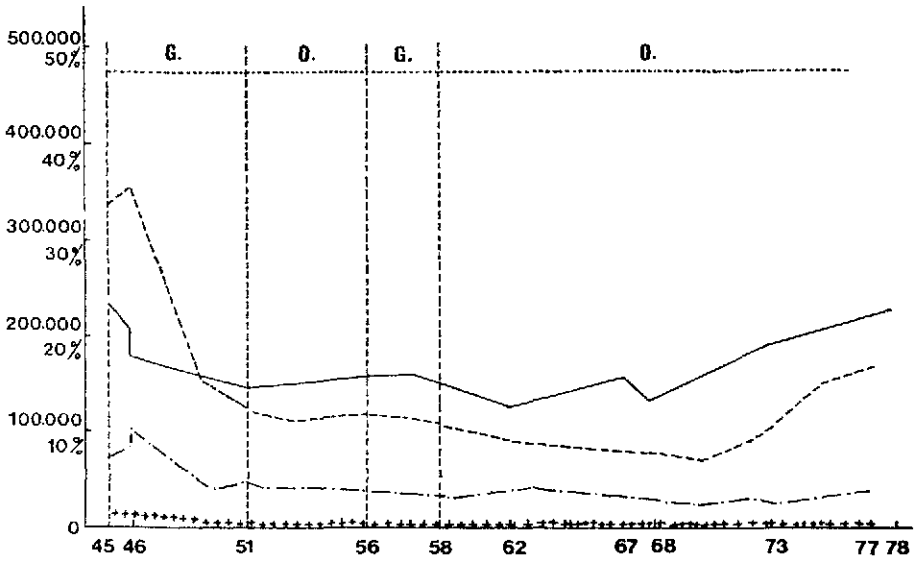


GRAFICO IX: ALEMANIA

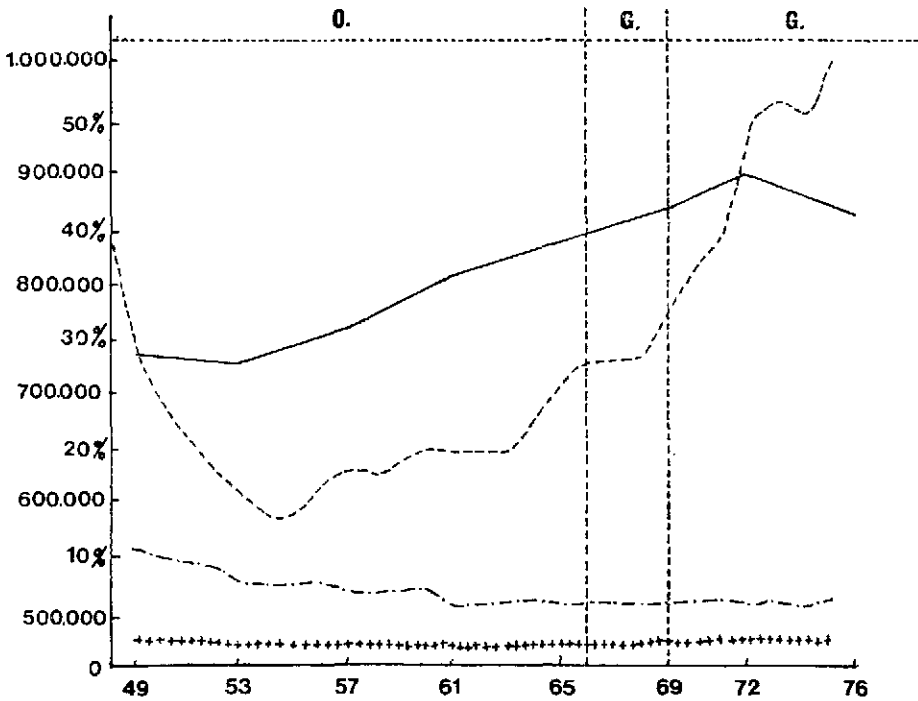


GRAFICO X: GRAN BRETAGNA

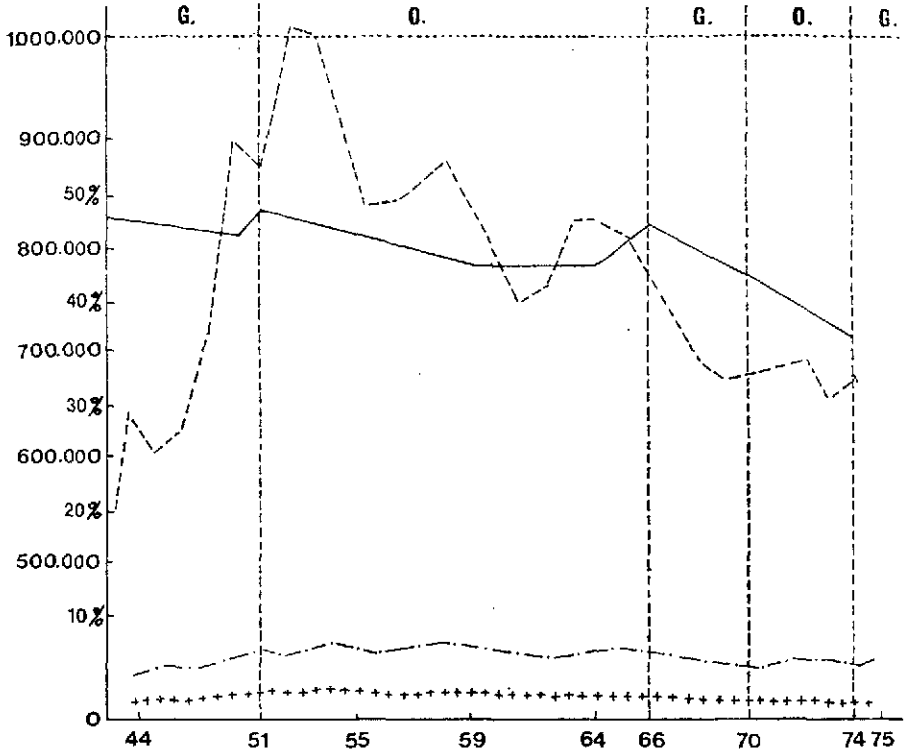


GRAFICO XI: IRLANDA

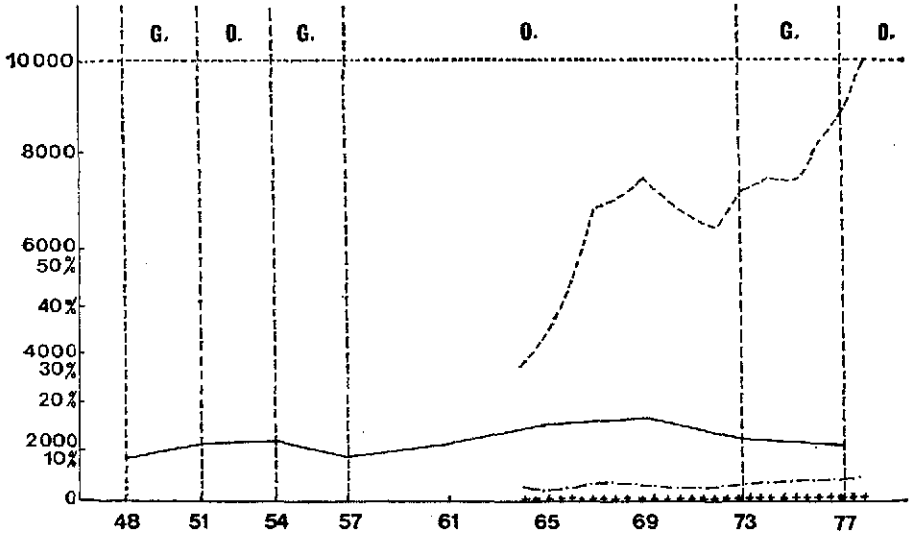


GRAFICO XII: ITALIA

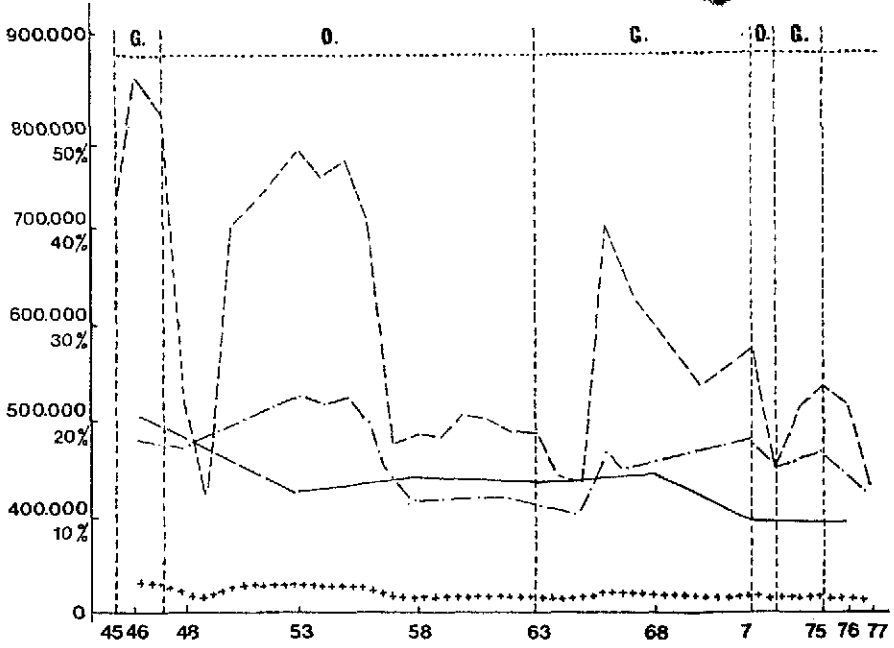


GRAFICO XIII: HOLANDA

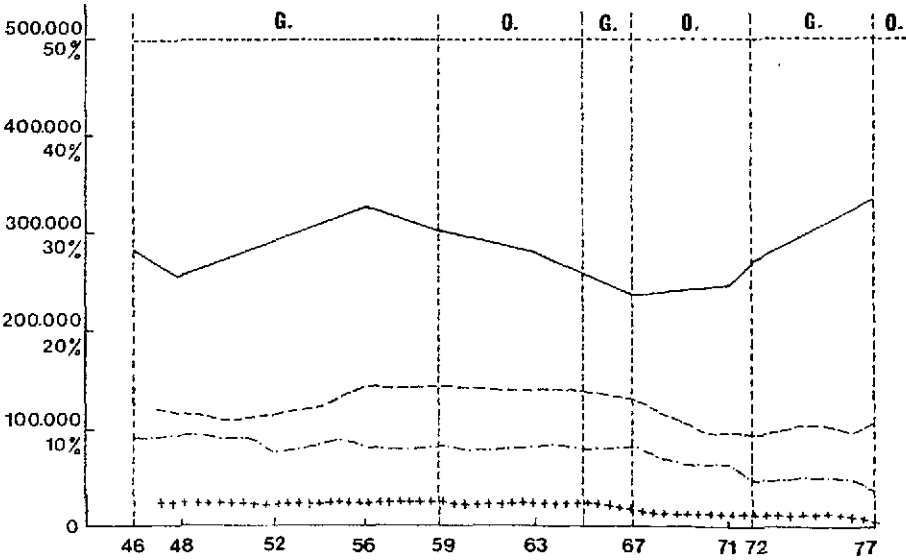


GRAFICO XIV: NORUEGA

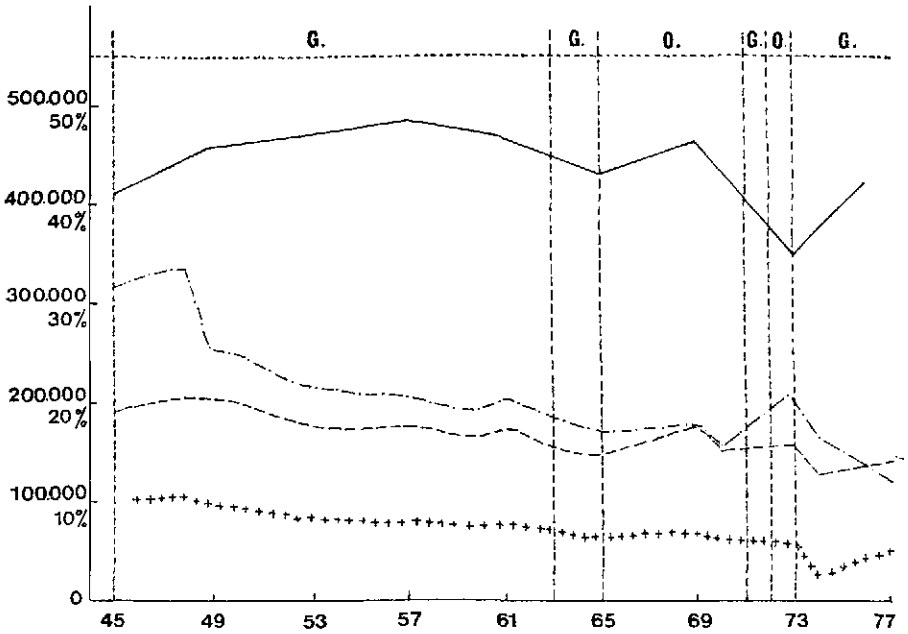
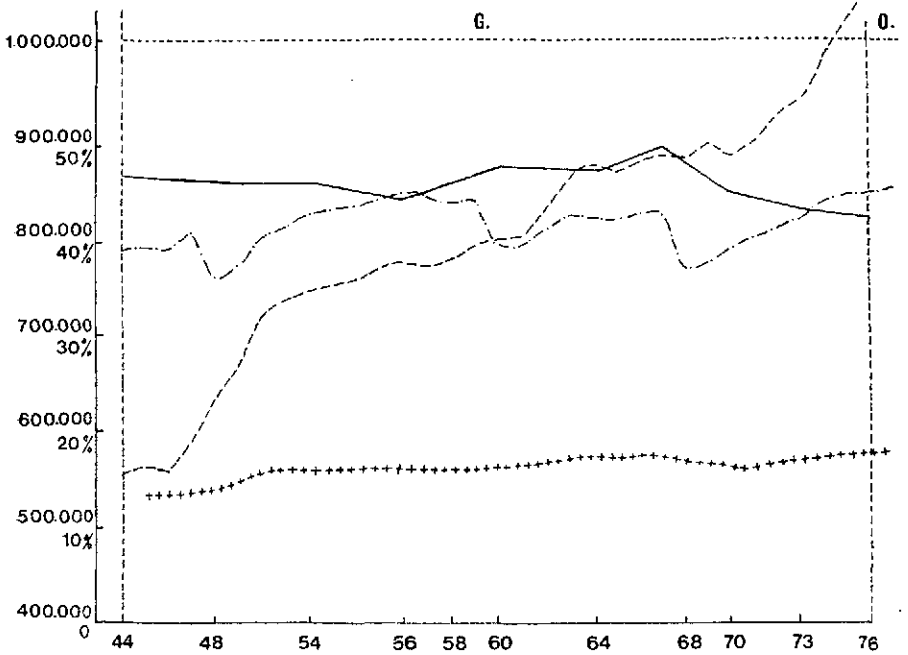


GRAFICO XV: SUECIA



Hipótesis 1

Los afiliados son más sensibles que los electores respecto a los acontecimientos internos del partido como escisiones, unificaciones, crisis de la dirección, etc.

Degradadamente, esta hipótesis no puede ser directamente comprobada, ya que requiere investigaciones más profundas sobre los *acontecimientos internos* y la *situación nacional* de los partidos. La afirmación es, sin duda, verdadera en el caso concreto del Partido Socialista Italiano y se hace claramente evidente en el gráfico XII si tomamos simplemente en consideración la escisión en 1947 del PSDI de Saragat, la escisión de izquierdas en 1964 del PSIUP, la reunificación PSI-PSDI en 1966 y su posterior escisión en 1968. Pero el ejemplo italiano, en particular la aguda decadencia a partir de 1957, también sugiere que los *afiliados son más sensibles que los electores ante los acontecimientos políticos en general* (por ejemplo, la desestalinización, Hungría, las mayores divergencias entre el PSI y el PCI) y no sólo ante los acontecimientos internos del partido, factor este que parece confirmar la suposición normal de que las personas comprometidas de modo más o menos importante en las actividades de un partido poseen una ideología más estructurada y gozan de una información más completa.

Sobre esta base, uno puede, pues, formular nuevamente esta primera hipótesis en una forma que es menos concreta, pero al mismo tiempo más comprobable, en coherencia con los requisitos de los datos presentados en este artículo.

Hipótesis 1A

La afiliación de un partido es más estable que el electorado del mismo.

Una comparación global de la estabilidad del electorado socialista respecto a la de la afiliación de los partidos socialistas se puede llevar a cabo mediante un índice —aun cuando bastante aproximativo— calculado del modo siguiente: la diferencia entre el voto más alto y el más bajo alcanzados por cada partido dividida por el voto medio del período menos la diferencia entre la cifra de afiliados más alta y la más baja dividida por la cifra media de afiliados del período. Si el índice posee un valor negativo significa que el electorado de un partido dado es más estable a largo plazo que su afiliación.

Con la excepción marginal de unos pocos casos durante el período anterior a 1914, el resultado claro es que el electorado de los partidos es más estable en todas partes que la afiliación. Todos los partidos socialistas que hemos tomado en consideración pueden ser clasificados siguiendo este índice, comenzando por el Partido Laborista holandés que, con $-0,05$, posee la diferencia más baja en favor de la estabilidad electoral.

Otra hipótesis bastante importante, a la que se hace frecuente referencia implícita o explícita en la literatura, es la relativa a la fluctuación de la afiliación de los partidos socialistas respecto a las transformaciones de las condiciones económicas. Existen dos versiones de esta creencia: una declara que la afiliación de los partidos socialistas aumenta en épocas de crisis económicas y la otra afirma lo contrario, es decir, que la afiliación de los partidos socialistas aumentan en los períodos de crecimiento económico y de aumento del bienestar. En realidad, lo que parece haber sucedido es que la afiliación ha crecido con el desarrollo económico y los aumentos salariales en los *primeros estadios* del desarrollo del movimiento obrero y ha disminuido durante las fases de crisis económica del mencionado período. Es posible que esta relación cambiase más tarde, cuando los partidos socialistas participaron en el gobierno y se comprometieron con una política de crecimiento económico, protección del puesto de trabajo, etc. Sin embargo, es extremadamente difícil comprobar esta hipótesis con los datos de que actualmente se dispone, ya que, por mencionar uno de los mayores problemas, cualquier relación entre la afiliación socialista y las transformaciones económicas está casi por completo determinada por la composición social del movimiento obrero y de la base del partido. Esto se puede comprobar, por ejemplo, en el modo diverso en que los trabajadores agrícolas y los industriales tienden a reaccionar ante las crisis económicas dependiendo de sus diversas capacidades para resistir los embates contrarios a ellos de la coyuntura económica (Malefakis, 1973, págs. 12-14). Esto sugiere que la comprobación de esta hipótesis queda fuera del ámbito de los datos presentados en este artículo.

Hipótesis 2A y 2B

Las tendencias electorales y las tendencias de la afiliación: a) coinciden en su dirección; b) difieren en su dirección.

A fin de comprobar estas hipótesis hemos utilizado como períodos cronológicos en cada país las diferentes legislaturas para las que poseemos da-

CUADRO NÚM. 1

LA AFILIACION Y LAS TENDENCIAS ELECTORALES (1889-1978) *

<i>País</i>	<i>Número de legislaturas **</i>				<i>Variaciones coincidentes</i>				<i>Variaciones divergentes</i>			
	<i>Antes primera guerra mundial</i>	<i>Entre guerras</i>	<i>Después segunda guerra mundial</i>	<i>Total</i>	<i>Antes primera guerra mundial</i>	<i>Entre guerras</i>	<i>Después segunda guerra mundial</i>	<i>Total</i>	<i>Antes primera guerra mundial</i>	<i>Entre guerras</i>	<i>Después segunda guerra mundial</i>	<i>Total</i>
Italia	5	1	6	12	4	—	5	9	1	1	1	3
Austria	—	4	9	13	—	2	5	7	—	2	4	6
Noruega	8	5	7	20	7	4	4	15	1	1	3	5
Suiza	6	7	1	14	4	2	—	6	2	5	1	8
Irlanda	—	—	3	3	—	—	1	1	—	—	2	2
Bélgica	—	—	5	5	—	—	2	2	—	—	3	3
Alemania	1	3	7	11	1	—	5	6	—	3	2	5
Francia	2	2	8	12	2	1	5	8	—	1	3	4
Dinamarca	1	9	10	20	1	7	6	14	—	2	4	6
Holanda	5	5	8	18	5	3	5	13	—	2	3	5
Gran Bretaña	—	2	8	10	—	1	6	7	—	1	2	3
Suecia	9	8	10	27	7	4	6	17	2	4	4	10
Finlandia	6	9	9	24	2	4	7	13	4	5	2	11
<i>Total</i>	43	55	91	189	33	28	57	118	10	27	34	71

* No se han incluido los años de las guerras excepto en los casos de países neutrales.

** Las cifras de afiliados relativas a cada legislatura se calculan desde el año de unas elecciones hasta el año anterior a las elecciones siguientes.

tos relativos a la afiliación. La dirección de la tendencia de la afiliación (crecimiento o disminución) se calcula comparando la cifra media de afiliados durante el período en cuestión con la del período precedente. Los resultados se exponen aquí en el cuadro 1.

El número de variaciones coincidentes durante la totalidad del período 1889-1978, es decir, los casos en que existe una disminución o un aumento común de afiliados y electores, es mucho mayor que el número de variaciones divergentes. Por tanto, la hipótesis 2A queda bastante confirmada por los datos. Sin embargo, el resultado es más interesante si se utilizan los datos de modo proporcional y se dividen en tres períodos (cuadro 2).

CUADRO NÚM. 2

LA AFILIACION Y LAS TENDENCIAS ELECTORALES
POR PERIODOS CRONOLOGICOS

<i>Período</i>	<i>Variaciones coincidentes en %</i>	<i>Variaciones divergentes en %</i>
Antes de la primera guerra mundial	76,7	23,3
Entre guerras	50,9	49,1
Después de la segunda guerra mundial	62,6	37,4
Total períodos	62,4	37,6

No cabe duda que la proporción de variaciones coincidentes ha disminuido desde el período anterior a 1914. Esta pauta a largo plazo se hace todavía más evidente si consideramos que los cálculos relativos al período de entreguerras son sin duda los menos fiables y, hasta cierto punto, también son engañosos, dada la historia muy accidentada de numerosos partidos socialistas democráticos durante aquellos años.

Finalmente, en relación a la dirección de las variaciones coincidentes —si son positivas, es decir, si experimentan un crecimiento común, o negativas, es decir, si experimentan una disminución común— habría que señalar que algo más del 75 por 100 de las mismas son positivas a lo largo de todo el período y que esta proporción experimenta una continua disminución en relación a los tres períodos cronológicos tomados por separado.

Hipótesis 3

El número de afiliados aumenta durante los años de elecciones y, posiblemente, durante el año posterior a las mismas. A continuación, la afiliación tiende a disminuir hasta el siguiente año de elecciones.

El supuesto implícito que se encuentra en la base de esta hipótesis es que, gracias a las campañas y a la labor de propaganda de los partidos, así como a la información sobre problemas políticos por parte de los medios de comunicación durante los años de elecciones, las personas tienden a sentirse estimuladas por la política y a comprometerse políticamente de manera más profunda. El interés de dichas personas disminuiría posteriormente y muchas de ellas tenderían a abandonar el compromiso activo con los partidos.

Esta hipótesis puede ser directamente comprobada examinando las cifras de afiliados en el año de las elecciones y en el inmediatamente posterior. Para que esta hipótesis sea verdadera necesitamos encontrar que se haya producido un cambio como el mencionado, ya que no podemos considerar como un dato justificativo cualquier aumento durante un año de elecciones que forme parte simplemente de un crecimiento global de la afiliación. El cuadro 3 ofrece los resultados relativos a aquellos períodos y países para los que se ha podido efectuar un cálculo exacto.

CUADRO NÚM. 3

CRECIMIENTO DURANTE EL AÑO DE LAS ELECCIONES
Y EL SIGUIENTE (REFERIDO SOLO AL PERÍODO POSTERIOR A 1945)

<i>País</i>	<i>Número de casos</i>	<i>Hipótesis verdadera</i>	<i>Hipótesis falsa</i>
Noruega	2	2	—
Bélgica	3	—	3
Francia	8	2	6
Dinamarca	10	4	6
Holanda	8	3	5
Austria	9	5	4
Alemania Occidental	7	1	6
Gran Bretaña	9	4	5
Italia	5	5	—
Irlanda	4	2	2
Suecia	9	3	6
Finlandia	9	4	5
<i>Total</i>	83	35	48

Un total de 35 casos de 83 posibles (o sea, el 42 por 100) confirman la hipótesis. En conjunto, una proporción como la señalada no es despreciable, dada la estricta formulación de la hipótesis. El período anterior a 1945 ha quedado excluido, ya que fue un período de enorme crecimiento de la afiliación de los partidos socialistas democráticos en general, por lo que habría sido casi imposible comprobar la hipótesis. El ejemplo italiano es particularmente interesante, ya que en dicho país la hipótesis se confirma en todos los casos.

Una mejor definición y una más profunda comprobación de la generalización en discusión se podría alcanzar mediante un análisis del *tipo* de elecciones en que se demuestra verdadera y del *tipo* de elecciones en que no lo hace. La observación de las posturas del partido respecto al gobierno, de sus campañas y de los temas dominantes durante las elecciones podría facilitar una mejor formulación de la hipótesis y un aumento de su capacidad explicativa.

Hipótesis 4

El apoyo de los afiliados constituye un posible regulador cuando el progreso de un partido socialista se ve amenazado. El partido intenta aumentar y profundizar el apoyo de los afiliados como respuesta a problemas externos.

Esta hipótesis ha sido formulada por P. Svenson (1974) en relación con las pautas seguidas por la afiliación del Partido Socialdemócrata danés durante el período de 1924 a 1939. En cierto sentido, se puede considerar como un caso de concretización de la hipótesis 2B, pero es mucho más precisa y tiene implicaciones de mayor alcance.

Mediante un análisis global comparado podemos comprobar únicamente una parte de esta hipótesis, y aun así, de modo no muy preciso. No podemos decir nada acerca de la «profundización» del compromiso de los afiliados, ya que dicho problema queda fuera de nuestros objetivos. Además, debemos considerar que la expresión *problemas externos* se refiere únicamente a una pérdida de electores, ya que es ésta la única cosa que podemos controlar. En realidad, la frase puede tener un significado más amplio e incluir también aquellos problemas que no se expresan en una pérdida de votos, por ejemplo, la exclusión de una coalición de gobierno, el auge de partidos concurrentes, etc.

El cuadro 4 resume los hallazgos relativos a la hipótesis 4. Se considera que esta hipótesis queda confirmada cuando a una disminución de los votos sigue un período (la siguiente legislatura) con un aumento medio de

CUADRO NÚM. 4

DERROTAS ELECTORALES Y CRECIMIENTO DE LA AFILIACION

<i>Países</i>	<i>Derrotas electorales</i>			<i>Hipótesis verdadera</i>			<i>Hipótesis falsa</i>		
	<i>Antes de 1945</i>	<i>Después de 1945</i>	<i>Total</i>	<i>Antes de 1945</i>	<i>Después de 1945</i>	<i>Total</i>	<i>Antes de 1945</i>	<i>Después de 1945</i>	<i>Total</i>
Austria	2	2	4	1	1	2	1	1	2
Bélgica	—	3	3	—	3	3	—	—	—
Dinamarca	2	4	6	2	—	2	—	4	4
Finlandia	3	4	7	1	2	3	2	2	4
Francia	3	3	6	3	—	3	—	3	3
Alemania	2	1	3	2	—	2	—	1	1
Gran Bretaña	1	2	3	1	—	1	—	2	2
Irlanda	—	2	2	—	2	2	—	—	—
Italia	3	4	7	1	2	3	2	2	4
Holanda	2	4	6	2	—	2	—	4	4
Noruega	3	3	6	3	1	4	—	2	2
Suecia	3	5	8	2	5	7	1	—	1
Suiza	4	1	5	2	1	3	2	—	2
<i>Total</i>	28	38	66	20	17	37	8	21	29

LA AFILIACION EN LOS PARTIDOS DE MASAS

los afiliados. Estos resultados podrían ser bastante diferentes, sin embargo, si la hipótesis implicara que habría que esperar que el aumento se produjera no en el período subsiguiente a la derrota electoral, sino más bien únicamente durante el primero o los dos primeros años.

A lo largo de todo el período, la hipótesis queda confirmada en un 56 por 100 de los casos, lo que constituye una proporción nada asombrosa. Pero incluso en este caso, como en el caso de la hipótesis 2, los resultados son más significativos si se toman en cuenta dos períodos diversos de tiempo: antes y después de 1945. Antes de la segunda guerra mundial, el número de casos en que la afiliación aumentó después de la derrota electoral de un partido socialista democrático representa poco más del 71 por 100. Después de la guerra, constituyen algo menos del 45 por 100 de los casos. Esta disminución es asombrosa y muy bien podría indicar una correspondiente disminución de la capacidad (o de la voluntad) de los partidos socialistas democráticos para agitar y movilizar a sus afiliados a la hora de enfrentarse a grandes problemas políticos.

Dinamarca es sin duda el caso más sorprendente. La hipótesis de que tratamos ha sido desarrollada en base a la historia de la afiliación socialista en dicho país durante la época de entreguerras, aunque el período posbélico constituye un ejemplo de abierta negación de la misma. Sin embargo, en este caso —del mismo modo que en otros casos de firme disminución de la afiliación— habría seguramente que concretizar aún más la hipótesis a fin de ver si la disminución de la afiliación ha sido detenida o al menos reducida después de las derrotas electorales. Hallazgos de este tipo confirmarían si, en el contexto de una continua disminución de la afiliación, a las derrotas electorales siguen intentos por parte del partido para invertir la tendencia.

El caso que mejor confirma la hipótesis de Svenson está constituido por la Suecia de la posguerra, donde cada uno de los cinco casos de pérdida de votos ha sido seguido por amplios aumentos de la afiliación. Pero hay que recordar que esta afiliación (colectiva e individual) ha aumentado constantemente durante el período posterior a la guerra y que existen tres casos en que la afiliación ha aumentado a continuación de victorias electorales. El caso que se demuestra más contrario a la hipótesis es el de la Holanda de la posguerra, que muestra una correlación completamente inversa. En cada uno de los cuatro casos en que se produjo una derrota electoral, la afiliación del PvdA disminuyó, y en dos casos en que se produjo un crecimiento de la afiliación este fenómeno se dio a continuación de triunfos electorales.

Hipótesis 5A, 5B, 5C y 5D

Las tendencias de la afiliación y la experiencia de gobierno de los partidos socialistas:

- a) *la afiliación aumenta cuando el partido está en el gobierno;*
- b) *la afiliación aumenta cuando el partido está en la oposición;*
- c) *la afiliación disminuye cuando el partido está en el gobierno;*
- d) *la afiliación disminuye cuando el partido está en la oposición.*

Este problema es de particular interés dada la masiva participación socialista en los gobiernos de Europa occidental a partir de la guerra. A fin de comprobar estas hipótesis, hemos tomado como unidades cronológicas los períodos de participación socialista en el gobierno a partir de 1945 representados en los gráficos IV a XV. Hay que tener en cuenta que no se ha hecho distinción alguna entre gobiernos monocolor y gobiernos de coalición ni entre gobiernos de minoría y gobiernos de mayoría, aun cuando dichas distinciones podrían ser significativas.

Las cifras del cuadro 5 muestran que no existe relación directa entre las tendencias de la afiliación y la experiencia de los partidos dentro o fuera del gobierno. Pero, en este caso incluso, el cálculo es muy aproximado y constituye más una indicación de lo que habría que hacer que un resultado fiable en sí mismo. Del mismo modo que en el caso de otras hipótesis, el problema básico está representado por el hecho de que una distinción triple (crecimiento-estabilidad-disminución) no se adapta absolutamente a una investigación cuidadosa y sistemática. Debería ser reemplazado por un índice cuantitativo capaz de indicar y comparar el *grado* de crecimiento o el *grado* de disminución de la afiliación durante las diversas fases en el gobierno y en la oposición.

CUADRO NÚM. 5

TENDENCIAS DE LA AFILIACION Y EXPERIENCIA
EN EL GOBIERNO Y EN LA OPOSICION *

48 fases	{	períodos de gobierno 25	}	13 crecimiento
				1 estabilidad
				11 disminución
		períodos de oposición 23		11 crecimiento
				3 estabilidad
				9 disminución

* Un análisis más detallado por países puede verse en los gráficos IV a XV.

4. EL DESARROLLO DE LOS ESTUDIOS SOBRE LA AFILIACION

La evidente debilidad de todas las hipótesis globales indica claramente que no es éste el mejor camino para enfrentarse al problema de la afiliación en los partidos. Pero, por otro lado, el hecho de que dichas hipótesis tienden por lo general a funcionar mucho mejor en relación al período anterior a 1945 sugiere que han sido formuladas teniendo en cuenta la experiencia socialista democrática de dicho período y es por esta razón que probablemente ya no son capaces de asimilar las transformaciones más recientes.

La invalidación de estas sencillas generalizaciones sirve para allanar el camino a un análisis que pueda inferir el estudio de los cambios en la afiliación de los partidos en un marco teórico más amplio que incluya las pertinentes *características sistemáticas y subsistemáticas de las diversas sociedades políticas*, así como *las actitudes de los dirigentes y de las personas en general con respecto a la participación política en su forma específica de afiliación a un partido*. En resumen, la pregunta real no debería ser «¿Qué hipótesis es verdadera?», sino más bien «¿Cuándo y en qué condiciones una hipótesis es más o menos verdadera?». Además, habría que tener conciencia de que factores diversos y a menudo contradictorios podrían ejercer su influencia sobre la afiliación de modo contemporáneo.

Sin embargo, para poder llegar a este punto debemos poseer un profundo conocimiento de la historia de la afiliación de los partidos en cada país y recoger datos en una dirección que pueda considerarse adecuada para la construcción de esta teoría. Habría que llevar a cabo estudios bien documentados sobre un solo país o sobre un solo partido a la luz de un marco teórico que facilitara el análisis comparado y que contribuyera a aumentar nuestros conocimientos sobre el tema.

Desgraciadamente, sin embargo, la bibliografía existente sobre la afiliación en los partidos es a la vez escasa y de naturaleza profundamente subjetiva. Como ya he mencionado, el mejor tratamiento del tema, quizá el único sistemático, continúa siendo el ofrecido por Duverger en su ya citado clásico, pero incluso este análisis se ve limitado por el momento en que fue escrito, es decir, el período inmediato a la posguerra, período de gran entusiasmo y movilización colectivos que precedió a lo que más tarde se denominó como «movilización individual» de Europa (Pizzorno, 1964).

Las tendencias de la afiliación de los partidos en el tiempo deben ser estudiadas desde dos puntos de vista: a) *la perspectiva individual* y b) *la perspectiva organizativa*. Desde la perspectiva del afiliado individual existen *factores externos a la organización política* que influyen en su propensión

a adoptar este tipo de compromiso político. La suposición implícita es que las personas tienen necesidades y preferencias de tipo e intensidad diversos y que estos factores influyen en su decisión de afiliarse a los partidos políticos. Saber el «quién» y el «porqué» constituye el núcleo central de los estudios sobre participación política, y aunque esto sólo nos preocupe de modo marginal, debemos reconocer, sin embargo, la importancia de las implicaciones que poseen nuestros datos en relación a esta perspectiva. En otras palabras: ¿qué podemos extrapolar de aquellos datos que poseemos sobre los factores determinantes de la participación a nivel individual?

Al comparar la transformación en el tiempo de los partidos socialistas democráticos hemos señalado una tendencia de la posguerra hacia la estabilización e incluso hacia la disminución. Este cuadro representado por los datos globales generales puede ser interpretado como indicador de tres procesos diversos:

1) La afiliación en los partidos socialistas democráticos ha disminuido en favor de otros partidos de izquierdas.

2) Esta disminución ha sido típica de los partidos de masas de izquierdas y no se ha dado en otros partidos en los que la afiliación no posee igual significado y función.

3) La disminución forma parte de una disminución general de esta forma particular de participación, es decir, de la afiliación a un partido, y, por tanto, se da en todos los partidos de los diversos países.

Cada uno de estos tres procesos plantea diferentes cuestiones. Si los partidos socialistas democráticos pierden afiliados que pasan a otros partidos de izquierda, la cuestión se reduce a una mera concurrencia entre partidos dentro del sistema de partidos de cada país. Podría esperarse que esto se produjera en aquellos países en que existen grandes partidos comunistas que fomentan la afiliación de masas en concurrencia con los socialistas. Mientras que en Gran Bretaña y Alemania occidental la afiliación a los partidos socialistas representa de hecho la casi totalidad de la afiliación de izquierdas, esto no sucede en Italia, Francia o Finlandia, países que nuestras cifras subestiman enormemente en cuanto a dimensión total de la afiliación de izquierdas. En estos casos, las cifras de afiliación de los partidos socialistas democráticos deben ser analizadas teniendo en cuenta las tendencias de los demás partidos de izquierda.

Sin embargo, una comparación preliminar con el desarrollo de la afiliación en los partidos comunistas con posterioridad a 1945 (cuadro 6) no sugiere confirmación alguna de la hipótesis que vincula la disminución y la estabilización de la afiliación de los partidos socialistas con el aumento de la afiliación de los demás partidos de izquierdas. En el caso de los tres

CUADRO NÚM. 6

LA AFILIACION EN LOS PARTIDOS COMUNISTAS DE EUROPA OCCIDENTAL

	<i>Austria</i>	<i>Bélgica</i>	<i>Dinam.</i>	<i>Finlan.</i>	<i>Francia</i>	<i>G. B.</i>	<i>Italia</i>	<i>Holanda</i>	<i>Noruega</i>	<i>Suecia</i>	<i>Suiza</i>	<i>R. F. A.</i>
1919	3.000							500				
1920												
1921			25.000	2.500	100.000				98.000	14.000		
1922			1.200	1.200	79.000	5.116		2.500	48.000			
1923					56.000							
1924		590	750	750	60.000	4.000		1.700	16.000	12.000		
1925					60.000				16.000			
1926					55.000	10.000						
1927	2.000	1.500	969	969	53.000	7.000		1.400	8.000	14.000		
1928		500	1.341	1.341	50.000							
1929					42.000	3.000		1.100		6.000		
1930			400	400	39.000				2.895		12.000	
1931					15.000	6.000		1.600				
1932					30.000			3.700	5.272	11.000		
1933					28.000					20.000		
1934			3.000	3.000	40.000	5.000						
1935					87.000							
1936					280.000	11.500						
1937					330.000					20.000		
1938					320.000	15.500		10.000			1.000	
1939		9.000	9.000	9.000	300.000	17.760				19.000		
1940					387.000	22.700						
1941												
1942						56.000						
1943												
1944										58.000		
1945	20.000		7.500	20.000	545.000		1.718.836		4.500		13.500	

56

STEFANO BARTOLINI

que considerar este problema a la luz de un hecho: la actividad actual de los afiliados podría parecer poseer menos alcance que en el pasado, es decir, ha dejado de incluir hasta cierto punto aquel tipo de actividades deportivas, de entretenimiento, educativas, etc., que constituían una de las características diferenciadoras de los comienzos de los partidos de masas.

Sin embargo, otra perspectiva sugiere que más que constituir un signo de *despolitización*, la estabilización de la afiliación podría atribuirse a la influencia de canales *alternativos* y *concurrentes* de participación política. La cuestión de la relación mutua entre diferentes formas de participación política se ha hallado siempre en el corazón de las investigaciones en este campo. Las pruebas acumuladas sobre la relación positiva existente entre la afiliación a los partidos y otras formas de participación política (e incluso de participación no política) son muy numerosas y se refieren a diversos países (Allardt y Pesonen, 1969, págs. 27-39; Barnes, 1967, pág. 122; Lane, 1959, pág. 166, y Berry, 1969, pág. 204). De cualquier modo, el vínculo de causalidad entre ambos tipos de participación ha sido puesto de manifiesto sólo en contadas ocasiones. Además, aun cuando en general parece ser que las diferentes formas de participación política no se contradicen o se excluyen unas a otras, sino que más bien *se superponen*, queda abierta la cuestión de si esta situación se modificará en lo que se refiere a algunas formas nuevas de participación política no convencional. Desgraciadamente, existen aún pocos datos en relación a este problema específico pero crucial que no ha sido tratado ni siquiera en las más recientes investigaciones acerca de la participación política (véase *infra* nota 10).

Un buen ejemplo de la complejidad de este problema lo proporciona el sindicalismo. La estabilización y disminución de la afiliación de los partidos socialistas democráticos a partir de 1945 ha ido acompañada de aumentos generalizados en los niveles de sindicalización de la sociedad europea. Mientras que generalmente se ha considerado que la sindicalización de la clase obrera promovía y reforzaba el progreso electoral y proselitista de los partidos socialistas, la situación es mucho menos clara con la nueva sindicalización de las clases medias y los funcionarios estatales. Muchas personas podrían considerar a los sindicatos como canales más eficaces y menos integradores que los partidos en lo que a la defensa de sus intereses respecta. Por otro lado, en caso de que se considere la afiliación a un partido como función de las creencias ideológicas y en caso de que se acepte la tesis de que los partidos son instituciones mucho más flexibles que, al objeto de obtener más votos, se adaptan al medio y abandonan progresiva y continuamente su bagaje ideológico, se podría concebir la hipótesis de que ciertos sindicatos representan el nuevo elemento radical de la sociedad. Esto

1946	804.000	42.000	2.068.282	53.000		53.000			
1947	809.000		2.252.446		30.000				
1948	788.000		2.115.232			53.000			
1949	...	35.000	787.000 *		2.027.271						
1950		39.000	2.112.293	33.000					
1951			2.097.830			34.256			
1952			2.093.540	25.000					
1953	21.000	...		35.000	2.134.285		13.000		8.000		
1954	506.000 *			2.145.317						
1955	49.000	389.000 *		2.090.006						
1956	48.000	430.000 *	33.000	2.035.353						
1957	47.000		27.000	1.825.342			28.000			
1958	48.000		24.670	1.818.606						
1959	43.000	425.000 *		1.789.269						
1960	48.000	414.000 *		1.792.974						
1961	...	42.000	...	42.000	407.000 *		1.728.620						
1962	...	50.000	11.000	5.000	52.000	250.000	29.000	1.630.550	12.000	4.500	25.000	6.000	35.000
1963	...	50.000	11.000	5.000	52.000		12.000	1.613.016	12.000		25.000	6.000	
1964	...	36.000	47.000			1.636.416					
1965	47.000			1.610.696		4.500			
1966	...	35.000	13.000	...	50.000			1.571.335					
1967	...	35.000	13.500	6.000	19.000	290.000	33.240	1.530.405	12.000	2.500	29.000	4.000	7.000
1968	...	27.500	12.500	6.000	49.000		32.562	1.495.662	11.500	2.500	29.000	4.000	7.000
1969	...	27.500	12.500	6.000	49.000	275.000	32.562	1.495.756	11.500	2.500	29.000	4.000	7.000
1970	...	25.000	12.500			1.498.367					
1971	...	25.000	12.500	5.000	47.000		32.000	1.510.502	11.000	2.000	17.000	3.500	22.500
1972	...	25.000	12.500	5.000	47.000		29.000	1.573.956	10.000	2.250	17.000	3.500	33.400
1973	...	25.000	12.500	6.000	49.000	275.000	29.000	1.611.073	10.000	2.500	17.000	3.000	35.000
1974	...	15.000	12.500	8.000	48.000	330.000	28.943	1.643.716	10.000	2.500	17.000	4.500	40.000
1975	...	20.000	12.500	8.000	48.000		28.519	1.715.195	10.000	2.500		5.000	
1976	...	20.000	20.000	9.500	48.000			1.796.597	10.000	2.000	14.500	7.000	42.453

NOTA: Francia * = carnets entregados.

FUENTES: Datos recogidos por Tannahill (1978), págs. 249-264. Para Italia: datos oficiales del partido.

partidos comunistas mayores de Europa occidental —italiano, francés y finlandés durante la posguerra es muy estable y no parece beneficiarse de las en modo alguno el de los partidos socialistas. En Italia, ambos partidos pierden afiliados (1950-1970) y los ganan (1944-1948 y con posterioridad a 1971) casi durante los mismos periodos. La afiliación del Partido Comunista finlandés durante la posguerra es muy estable y no parece beneficiarse de las pérdidas de afiliados sufridas por el Partido Socialdemócrata durante el período 1951-1963. Finalmente, en Francia, tanto el PCF como el PSF aumentaron enormemente sus afiliados después de la guerra, sufriendo posteriormente un período de disminución de veinte años y una modesta recuperación durante los años setenta. Estas pautas demuestran más bien una cierta tendencia a coincidir en su dirección. También hay que señalar, sin embargo, que los partidos comunistas demuestran una tendencia aún mayor a la estabilización o la disminución del número de afiliados que los partidos socialistas. De hecho, ningún partido comunista de Europa occidental ha conseguido mantener un crecimiento constante de la afiliación durante la totalidad del período de posguerra. Naturalmente, en ciertos casos habría que tomar en cuenta a otros partidos de izquierda aparte del comunista, pero dichos partidos parecen ser tan marginales en todas partes como para ser incapaces de proporcionar una clave para la interpretación del desarrollo de la afiliación de los partidos socialistas.

Según el segundo punto antes mencionado, y en base a lo que hemos dicho acerca de la afiliación en los partidos comunistas, se podría interpretar nuestros datos como prueba de una estabilización o decadencia de los partidos de izquierda como tales. En este caso, esta tendencia implicaría un desafío para el tipo particular de afiliación que los tradicionales partidos de masas de izquierda conciben y organizan. Este podría ser muy bien el caso en algunos países en los que se ha producido durante los últimos años un aumento de la afiliación en diversos partidos confesionales y conservadores (4). Dado que la afiliación tiene un significado y una función diversos en los partidos socialistas y en los partidos «burgueses», este tipo

(4) Los datos acerca de la afiliación de los partidos europeos no socialistas han sido recogidos mediante un cuestionario enviado a las sedes centrales de los partidos por el Instituto de la Universidad Europea. Aun cuando estas cifras de afiliación pueden ser menos fiables que las relativas a los partidos socialistas, es necesario subrayar que entre los diversos partidos no socialistas que han experimentado un aumento de la afiliación se encuentran la *Liga Cristiana Finlandesa*; *Fianna Fail* y *Fine Gael*, en Irlanda; el *Partido Cristiano*, en Luxemburgo; el *Partido Conservador* y el *Partido Demócrata Cristiano*, en Noruega; el *Partido de Centro* y el *Partido Demócrata Cristiano*, en Suecia, y la *CDU*, la *CSU* y el *Partido Liberal*, en Alemania.

que considerar este problema a la luz de un hecho: la actividad actual de los afiliados podría parecer poseer menos alcance que en el pasado, es decir, ha dejado de incluir hasta cierto punto aquel tipo de actividades deportivas, de entretenimiento, educativas, etc., que constituían una de las características diferenciadoras de los comienzos de los partidos de masas.

Sin embargo, otra perspectiva sugiere que más que constituir un signo de *despolitización*, la estabilización de la afiliación podría atribuirse a la influencia de canales *alternativos* y *concurrentes* de participación política. La cuestión de la relación mutua entre diferentes formas de participación política se ha hallado siempre en el corazón de las investigaciones en este campo. Las pruebas acumuladas sobre la relación positiva existente entre la afiliación a los partidos y otras formas de participación política (e incluso de participación no política) son muy numerosas y se refieren a diversos países (Allardt y Pesonen, 1969, págs. 27-39; Barnes, 1967, pág. 122; Lane, 1959, pág. 166, y Berry, 1969, pág. 204). De cualquier modo, el vínculo de causalidad entre ambos tipos de participación ha sido puesto de manifiesto sólo en contadas ocasiones. Además, aun cuando en general parece ser que las diferentes formas de participación política no se contradicen o se excluyen unas a otras, sino que más bien *se superponen*, queda abierta la cuestión de si esta situación se modificará en lo que se refiere a algunas formas nuevas de participación política no convencional. Desgraciadamente, existen aún pocos datos en relación a este problema específico pero crucial que no ha sido tratado ni siquiera en las más recientes investigaciones acerca de la participación política (véase *infra* nota 10).

Un buen ejemplo de la complejidad de este problema lo proporciona el sindicalismo. La estabilización y disminución de la afiliación de los partidos socialistas democráticos a partir de 1945 ha ido acompañada de aumentos generalizados en los niveles de sindicalización de la sociedad europea. Mientras que generalmente se ha considerado que la sindicalización de la clase obrera promovía y reforzaba el progreso electoral y proselitista de los partidos socialistas, la situación es mucho menos clara con la nueva sindicalización de las clases medias y los funcionarios estatales. Muchas personas podrían considerar a los sindicatos como canales más eficaces y menos integradores que los partidos en lo que a la defensa de sus intereses respecta. Por otro lado, en caso de que se considere la afiliación a un partido como función de las creencias ideológicas y en caso de que se acepte la tesis de que los partidos son instituciones mucho más flexibles que, al objeto de obtener más votos, se adaptan al medio y abandonan progresiva y continuamente su bagaje ideológico, se podría concebir la hipótesis de que ciertos sindicatos representan el nuevo elemento radical de la sociedad. Esto

de investigación comparativa podría demostrarse muy útil para comprender las pautas de transformación de la afiliación en un período histórico dado.

Si interpretamos nuestros datos, de acuerdo con el tercer punto mencionado anteriormente, como demostración de una caída general de los niveles de afiliación en todo tipo de partidos, el problema básico con que nos enfrentamos es el de saber si dicha caída implica una disminución del interés político de los ciudadanos o simplemente un cambio de los canales a través de los que se expresan los intereses políticos.

A este respecto, el punto de partida obvio deberá ser el problema de la función de las *motivaciones ideológicas* como estímulo de la afiliación y, consiguientemente, el tema del «fin de las ideologías». Por lo que respecta a las *motivaciones individuales* que están a la base de la afiliación en partidos, el nivel, la intensidad y el alcance de las creencias ideológicas en un determinado período constituyen sin duda variables cruciales y, de hecho, deberían ser considerados como los elementos más importantes que determinan las fluctuaciones de la afiliación desde un punto de vista histórico. Sin embargo, considerar la afiliación en partidos como una función de la intensidad de las creencias ideológicas es algo que por sí solo no nos lleva muy lejos. A pesar de la voluminosa literatura sobre este tema, el problema básico continúa siendo el que los politólogos no han desarrollado ningún instrumento satisfactorio que pueda medir verdaderamente las variaciones de este fenómeno en los diversos países y épocas. Por tanto, el argumento conserva un sabor característicamente cualitativo. Sin embargo, sea cuales fueren las críticas que el tema del «fin de las ideologías» ha provocado, dicho tema ha llamado sin duda nuestra atención hacia importantes transformaciones en el clima ideológico del período posterior a la guerra. Además, parece razonable argumentar que, aun cuando no hayamos asistido al fin de las ideologías como tales, sí es cierto que hemos sido testigos de una disminución de la atracción de las ideologías tradicionalmente integradoras y totalizadoras que han dominado la primera mitad de este siglo y que constituían características típicas del tipo de partidos que estamos tratando en este artículo.

Desde otro punto de vista, podría sugerirse que el crecimiento y la diversificación de las actividades del tiempo libre en la mayor parte de los países europeos ha hecho que la afiliación a los partidos políticos, al igual que otras formas de participación política directa, se convierta en cada vez más marginal y poco atrayente para aquellas personas cuya elección de afiliarse estaba basada en *motivos de solidaridad*. Prevalcen en la actualidad un número mucho mayor y diferenciado de asociaciones voluntarias que a menudo son menos exigentes en términos de compromiso real. También hay

podría suceder desde el momento que los sindicatos pueden conservar sus posiciones ideológicas de modo más efectivo que los partidos. De este modo, aquellos partidos que abandonan progresivamente sus posiciones más ideológicas podrían verse sobrepasados por otras fuerzas que pueden expresar mejor los sentimientos radicales.

Este último argumento parece todavía más válido en relación a otras formas nuevas y menos convencionales de participación política como son las asociaciones, los movimientos locales, los partidos que se ocupan de un solo tema, etc. Precisamente debido a que se concentran sobre una reducida gama de problemas y no son responsables ante amplios grupos de electores, pueden mantener a sus afiliados en un nivel de compromiso, tensión y pureza que es difícil de conseguir en los grandes partidos de masas. También es cierto que el creciente interés por los asuntos de la política local parece favorecer nuevas formas de militancia diversas de la afiliación a un partido. Los partidos tradicionales, y en particular los partidos socialistas, tienden a nacionalizar los temas políticos y a verlos desde un punto de vista amplio, por lo que encuentran dificultades para enfrentarse a ellos de modo satisfactorio desde una perspectiva puramente local. Sin embargo, los partidos que poseen una estructura y una afiliación muy descentralizadas, como sucede en Suiza y Bélgica, deberían poder enfrentarse a estos problemas con más éxito.

Aunque los datos procedentes de encuestas son necesarios a fin de comprobar algunas de estas explicaciones del nivel individual de los cambios en la afiliación de los partidos, es también importante conseguir un conjunto de datos fieles acerca de la distribución de la afiliación. Podrían recogerse cifras anuales de afiliación, por ejemplo, que distinguieran entre los afiliados con anterioridad y los nuevos. Estos datos, comparados con la tendencia de las cifras de afiliación, podrían permitir calcular el número de personas que abandonan el partido después de un corto período de tiempo, así como la estratificación por generaciones de la afiliación. Este último aspecto es particularmente importante si aceptamos que las nuevas generaciones están mostrando valores y preocupaciones cada vez más diversos, que a su vez se traducen en una propensión diversa hacia formas nuevas y menos convencionales de participación política. Es muy probable que un análisis de la afiliación de los partidos por generaciones se demostrará en el futuro más esclarecedor que un análisis por clases sociales.

Más directamente pertinentes todavía son los datos relativos a la distribución geográfica de la afiliación. Dichos datos facilitarían una comparación más estrictamente coherente con otras formas de participación política que también están distribuidas de modo irregular en el territorio nacional.

Pero, al igual que otras formas de participación política, los niveles y las fluctuaciones de la militancia activa en partidos no pueden ser exclusivamente considerados como resultado de las propensiones individuales y de las oportunidades existentes en la sociedad. Así, pues, deberemos considerar también este problema desde el punto de vista organizativo. Desde dicho punto de vista, la afiliación de los partidos debe ser considerada principalmente como un *recurso organizativo* y como resultado de incentivos organizativos ofrecidos por los dirigentes y los cuadros de los partidos (Clarke y Wilson, 1961; Conway y Fiebert, 1966, y Lange, 1977). En este caso, el problema reside en conocer cómo perciben y valoran los dirigentes de los partidos el recurso básico de la afiliación y su «subproducto», es decir, la militancia. El mantenimiento, el aumento e incluso la disminución de los niveles de afiliación y militancia constituyen, desde el punto de vista de la dirección de los partidos, un esfuerzo organizativo que puede o no dar frutos en términos de dinero, trabajo y tiempo. En este sentido, el nivel de la afiliación representa una función de la labor llevada a cabo por la organización del partido. Este tipo de valoración efectuada por la organización del partido implica en todo caso un análisis costes-beneficios que se realiza a nivel de la política y la ideología además de a nivel de la economía. Es más, dicho análisis costes-beneficios no puede ser llevado a cabo aisladamente respecto a los demás recursos de que dispone el partido y que, naturalmente, cambian con el tiempo y son además profundamente dependientes de ciertas características institucionales del sistema político, así como de las manifestaciones del «nivel individual» tratado anteriormente.

Primero, sin embargo, como paso previo, trataremos un aspecto particular de la afiliación vista desde la perspectiva organizativa: la afiliación como instrumento en la lucha por el poder dentro del partido. Precisamente debido a que los dirigentes y funcionarios del partido no pueden ser concebidos como un grupo unitario, sino que en realidad están divididos en subgrupos concurrentes, la afiliación conserva la función fundamental en la vida del partido de ser el elemento básico en la distribución del poder entre las diversas tendencias. En este sentido se puede observar que las diversas tendencias y subgrupos mantienen actitudes diferentes acerca del desarrollo de la afiliación según como valoren su influencia en el equilibrio interno de poder. De hecho, es ésta a menudo la consideración crucial en casos de potenciales unificaciones con otros partidos o movimientos. Es, por tanto, posible que los cambios de la afiliación sean interpretados en función de la lucha interna por el poder, dependiendo, naturalmente, del nivel de la división en tendencias del partido. Este vínculo es particularmente evidente en países como Italia, donde los carnets de afiliación constituyen a menudo

un arma en el enfrentamiento entre las tendencias. Pero podríamos esperar encontrar fenómenos similares en otros países y partidos en los que no sea tan evidente la división de tendencias. Por tanto, los años en los que se celebran congresos y no los años de elecciones, podrían proporcionar un panorama más útil para comprender las fluctuaciones de la afiliación. Asimismo, los niveles de afiliación en periodos de enfrentamiento particularmente duro e intenso entre las tendencias deberían ser comparados con los niveles de aquellos periodos de vida del partido en que predomina el consenso.

El primer problema de gran envergadura con el que nos enfrentamos al tratar el punto de vista organizativo está representado por la relación entre la afiliación y el modo cómo se financian los partidos. Durante los años sesenta y setenta, la mayor parte de las democracias europeas crearon un tipo u otro de financiación pública de los partidos políticos. De las numerosas transformaciones que han afectado a los partidos políticos desde su nacimiento, ésta puede provocar algunas de las consecuencias de más largo alcance. Desde el punto de vista de la afiliación, está claro que la financiación pública tiende a hacer que disminuya, al menos parcialmente, el incentivo de la organización para aumentar la afiliación. Esto es particularmente cierto si aceptamos la tesis de que los partidos han dilatado su función como formuladores de políticas y acumuladores de simpatías, pero han reducido su función como aparatos de integración, educación política y movilización. La mayor parte de los fondos proporcionados por el Estado se dedican a gastos de campañas y de investigaciones, un factor que muy bien podría convertir a los candidatos y al aparato en más independiente de los afiliados.

Por otro lado, se ha argumentado —con particular referencia a la Dinamarca contemporánea— que las fluctuaciones de la afiliación podrían depender de las cuotas, cosa que se ha demostrado particularmente verdadera respecto a las afiliadas. La complejidad del problema y la necesidad de poner en conexión diversas hipótesis para construir un cuadro teórico global se hace evidente si de este argumento se deduce que los fondos públicos podrían ser utilizados para bajar las cuotas en un intento de aumentar la afiliación.

Es probablemente demasiado pronto para valorar adecuadamente la influencia de esta transformación de la esfera financiera de los partidos. Además, cualquier análisis debe ser llevado a cabo muy cuidadosamente país por país, ya que las diferencias en la distribución de los fondos públicos y el uso que de los mismos hay que hacer a menudo debido a las leyes harán surtir importantes efectos sobre la afiliación.

Para que puedan ser útiles en el estudio de la afiliación, los datos comparados relativos a las finanzas de los partidos deben especificar el tipo de

sistema de financiación utilizado por los mismos, así como la proporción en que las diversas fuentes contribuyen a los ingresos totales. Además, a fin de valorar la importancia que para los dirigentes tienen los problemas financieros relacionados con la afiliación, es necesario estudiar hasta qué grado existen fuentes de financiación alternativas accesibles a la dirección. Una comparación entre el SPD alemán y el Partido Laborista británico es particularmente interesante a este respecto. El primero siempre ha recogido elevadas sumas de sus afiliados. En cierto modo estaba obligado a hacerlo (a pesar de que ya a partir de 1959 los partidos recibían ciertos fondos públicos) debido a que después de la segunda guerra mundial el movimiento sindical fue declarado no político y, al contrario de lo que sucedía en Gran Bretaña y en muchos otros países europeos, no le fue permitido dar un fuerte apoyo financiero al Partido Socialdemócrata. De ahí el gran énfasis puesto por el SPD en la construcción de una densa red de secciones locales y en la movilización de los afiliados (cerca del 60 por 100 de los ingresos del partido procede de las cuotas de los afiliados: Morgan, 1969, pág. 38).

Un segundo desafío a la importancia política de la afiliación como recurso organizativo ha llegado de la mano de las extraordinarias transformaciones que se produjeron después de la guerra en las pautas y canales de comunicación política. No cabe duda alguna de que los medios de comunicación sociales han reemplazado a la afiliación como *medio* fundamental de transmisión de los mensajes políticos de los partidos a las más amplias masas de electores en las sociedades educadas y urbanizadas de nuestra época. La función de actividades tradicionales de movilización y propaganda, como son asambleas locales, mítines locales de candidatos y representantes de los partidos y propaganda a domicilio, necesitadas todas ellas de una elevada inversión de afiliados, parece haber entrado inevitablemente en decadencia frente a técnicas de propaganda colectiva más efectivas.

La tesis de que los medios sociales de comunicación se han convertido en cauces más efectivos de comunicación de la propaganda de los partidos ha sido ya puesta fuertemente en entredicho hace algunos años. Basándose en la labor pionera de Paul Lazarsfeld sobre la influencia de los nuevos medios sociales de comunicación en las opiniones y gustos de los ciudadanos estadounidenses, Rokkan (1970, pág. 425) afirmó que los dirigentes de los partidos podían estar sobreestimando exageradamente la capacidad de los medios de comunicación para transmitir los mensajes políticos. Esencialmente, Rokkan utilizó el modelo de flujo de comunicaciones a dos niveles de Lazarsfeld para argumentar que los medios de comunicación podían alcanzar y someter a su influencia solamente a aquellos ciudadanos activos

e interesados, mientras que los pasivos y desinteresados prestan muy poca atención a los mensajes que no se ajustan a sus inclinaciones previamente establecidas. Por tanto, dada la jerarquía diferenciada existente en cualquier audiencia colectiva, Rokkan concluía afirmando que los mensajes «en pocas ocasiones ejercerán una influencia amplia a no ser que sean retransmitidos y reforzados en el seno de los innumerables grupos de personas de cada comunidad». De acuerdo con este punto de vista, la función y la importancia tradicionales de la afiliación no decrecerá mientras los afiliados constituyan el único recurso que el partido puede usar para reforzar y hacer penetrar su mensaje político en el medio ambiente inmediato al mayor número posible de votantes potenciales. De hecho, basando su análisis sobre esta argumentación, dos investigadores británicos han atribuido las recientes derrotas del Partido Laborista británico a la disminución y a la creciente pasividad de los afiliados al Partido (Seyd y Minkin, 1979).

De todos modos, el debate continúa abierto. El artículo de Rokkan fue escrito en 1964 y los datos y teorías en que se basaba habían sido desarrollados durante los años cincuenta, en una época en que los medios de comunicación sociales estaban todavía fundamentalmente limitados a la prensa y la radio. La televisión, que es sin duda el más revolucionario de todos los medios de comunicación, todavía no había dejado sentir su influencia. No cabe duda que el medio ambiente de la persuasión política ha sufrido una creciente *privatización* en los últimos años y se puede suponer que este elemento ha reducido por sí solo la función de la comunicación personal, haciendo que disminuyera consiguientemente la utilidad marginal de la afiliación y de la militancia en relación a otras formas de inversión de los recursos. Naturalmente, la contradicción entre la actividad de los afiliados y las demás formas de actividad de los partidos no tiene por qué ser absoluta y en ciertos casos no es sino nominal. El problema, sin embargo, es que parece difícil negar que las tradicionales actividades locales de los partidos merecen cada vez menos atención por parte de los dirigentes de los mismos, y esto no puede por menos que reducir inevitablemente la vitalidad e incluso el atractivo del compromiso político local a nivel de sección.

Sin embargo, aun cuando el argumento de Rokkan aún puede considerarse válido a pesar de estas transformaciones, debemos subrayar de todos modos que las actitudes de los dirigentes respecto a la afiliación están condicionadas no sólo por consideraciones relativas a las campañas electorales (como se ha supuesto anteriormente), sino también por el reconocimiento de la función desarrollada por los afiliados en la formulación de la política de los partidos. No importa cuál haya sido su posición en épocas anteriores; hoy día, después de veinte años de participación masiva en el gobierno, los

dirigentes de los partidos socialistas han aprendido que su destino está mucho más ligado a su responsabilidad ante el electorado en general que ante la muestra posiblemente poco representativa constituida por los afiliados (5). En tanto que la dirección de los partidos aumenta su autonomía y refuerza su posición y en tanto que amplios grupos de votantes identifican a los partidos con sus principales dirigentes, la dirección de los partidos se convierte en un recurso por derecho propio, en el sentido muy moderno de *imagen pública de los dirigentes*. En una situación tal, los dirigentes necesitan una amplia autonomía de acción a fin de poder ser utilizados como recurso, mientras que el aumento de la afiliación y de la militancia para propósitos electorales pueden lograrse fácilmente a cambio de reducir la autonomía de los dirigentes en la formulación de políticas tanto en el seno del partido como fuera del mismo, cosa que da como resultado un aumento de las energías invertidas en las negociaciones internas del partido, etc.

Finalmente, debemos tomar en consideración las posibles consecuencias de los aumentos de otras formas de participación social y política, en particular la sindicalización de sectores sociales nuevos e imprevistos. En tanto que ciertos países europeos experimentan con el desarrollo de organizaciones corporativas destinadas a expresar los intereses de sectores particulares de la sociedad, podemos esperar un creciente interés por parte de los partidos en el establecimiento de vínculos con estas organizaciones. De lo que se deduce que si los partidos disminuyen sus esfuerzos para incrementar y reforzar su afiliación en las unidades sociales tradicionales y dedican sus energías, por el contrario, a la asimilación de los diversos grupos funcionales de la sociedad —como son las diversas organizaciones profesionales, los jubilados, los simpatizantes de los movimientos contra el abuso de las bebidas alcohólicas o las asociaciones de vecinos, etc.— mediante la incorporación directa de las organizaciones que representan a estos grupos, el resultado podría ser que el nivel de afiliación del partido aumente, pero que su función cambie drásticamente. Parece ser que ésta ha sido la experiencia de los Partidos Socialdemócratas finlandés (Pesonen, 1978) y sueco durante los últimos años.

(5) Tanto PRIZZORNO (1964, págs. 281-283) como KIRCHHEIMER (1966) han subrayado este punto. Ambos consideran que la creciente autonomía de los dirigentes políticos en las organizaciones políticas contemporáneas es resultado de la necesidad que tienen todas las organizaciones orientadas hacia el éxito de aceptar conformarse al sistema de valores mantenido por la sociedad en general a la hora de seleccionar sus grupos dirigentes. Por consiguiente, el éxito de una dirección tiene que ver más con su identificación con las necesidades y valores de la sociedad en general que con los objetivos y programas institucionales de su propia organización.

La posibilidad de que ciertos partidos concretos sigan esta estrategia debe ser tomada en cuenta a la luz de las características de sus respectivos sistemas políticos. De hecho, la oportunidad de establecer vínculos corporativos con diversas organizaciones depende mucho de la naturaleza de la articulación societaria. Además, en algunos países el reconocimiento de que otros tipos de organización se están haciendo cada vez más atractivos para numerosas personas políticamente activas no conduce necesariamente a una reasignación por parte del partido de sus recursos y esfuerzos organizativos en un intento por establecer vínculos directos con las mencionadas organizaciones. La respuesta de la dirección del partido podría muy bien ser contraria: este desafío podría ser considerado como un estímulo para dedicar mayores energías al incremento de sus propios niveles de afiliación y militancia a fin de enfrentarse a estos nuevos problemas.

5. ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Partiendo de una breve discusión sobre el significado y la función originarios de la afiliación en los partidos socialistas democráticos de la Europa occidental en su primera época, hemos intentado describir en este artículo las pautas de fluctuación de dicha afiliación en relación con variables del sistema de carácter muy amplio. También hemos examinado algunas de las ideas más frecuentemente expresadas respecto a las fluctuaciones de la afiliación de los partidos de masas y hemos discutido acerca de la necesidad de un marco teórico más amplio con el que poder comprender los aspectos controvertibles del fenómeno analizado, con posterioridad a la segunda guerra mundial. Desde el principio, la afiliación a los partidos de masas ha sido vista en estrecha relación con los problemas de la actividad, función y desarrollo de los partidos en una amplia perspectiva histórica. Concebida como indicador de los recursos con que contaban los partidos de clase y de masas, la afiliación deriva su importancia de la función que poseyó en la estructuración de las líneas de ruptura políticas y de los agrupamientos partidistas actuales. En este apartado final deseamos subrayar de nuevo esta original perspectiva y volver a la problemática mucho más amplia de la función y del futuro de los partidos de masas de Europa occidental y más concretamente de los viejos partidos de clase y de masas. Esencialmente, nuestra argumentación afirma que, *a pesar del poco valor que se le concede, el estudio de la afiliación en los partidos merece todavía atención, no a pesar de, sino precisamente debido al nuevo énfasis de las publicaciones en el problema de la «crisis de los partidos políticos».*

La reciente literatura sobre el desarrollo político en Europa occidental es rica en referencias a las crisis de los partidos, a los síntomas evidentes de su decadencia y de su fracaso como protagonistas fundamentales de la política y a la superación final de aquellas formas de conflicto de masas basadas en el comportamiento solidario de los militantes de las grandes organizaciones políticas de masas.

Durante los años sesenta, las primeras críticas de este tipo se centraban en las características básicas de los modernos partidos de masas y, en particular, en la valoración positiva que Duverger había hecho de este tipo de partido (6). Con la ventaja de poder hablar *a posteriori*, podemos decir que Duverger fue víctima de una falacia teórica además de serlo de un prejuicio cultural. En lo que a esto último respecta, la experiencia francesa llevó a Duverger a sobreestimar necesariamente la función y el futuro de los partidos de masas después de la segunda guerra mundial. Francia era un caso bastante único en Europa de país que no había experimentado nunca el auge de un verdadero partido de masas antes del período en que el MRP, la SFIO y el PCF lograron más del 70 por 100 de los votos a comienzos de la IV República (7). Poco después de la publicación del libro de Duverger, el fenómeno de los partidos de masas franceses demostró su naturaleza efímera. En este sentido, al escribir acerca de los partidos de masas y de su organización, Duverger estaba proporcionando más una valoración del pasado que una previsión del futuro.

Pero mucho más importante era la falacia inherente a su teoría sobre los orígenes de los partidos de masas. Duverger veía el partido de masas como producto del sufragio universal, de la industrialización y de la urbanización, y de ello deducía que el futuro de este nuevo instrumento político estaba garantizado de manera efectiva en aquellas sociedades en las que se había alcanzado el sufragio universal y en las que crecía la industrialización y la urbanización. La realidad, sin embargo, es que no fueron estos fenómenos *como tales* los que produjeron las condiciones favorables a la creación de estos partidos, sino, más exactamente, «... el período de crisis que la industrialización, la urbanización y la extensión del sufragio produjeron en el sistema... Los procesos de emergencia de las nuevas masas in-

(6) A lo largo de su famoso libro, DUVERGER caracteriza al partido de masas en términos de su *a)* elevada participación; *b)* organización permanente y capilar; *c)* programa social sistemático; *d)* ideología coherente, y *e)* sometimiento del sector parlamentario al sector no parlamentario y al programa.

(7) Véase el magnífico estudio de GOGUEL (1953) sobre el desarrollo organizativo del partido francés.

dustriales y urbanas y los procesos de extensión del sufragio, y no el nivel de empleo en la industria o el nivel de población urbana o el nivel de personas con derecho a voto, fueron los factores a la base de la formación de los partidos de masas, factores destinados por definición a no durar» (Pizzorno, 1967).

Una vez que el período de intensa movilización colectiva hubo pasado, el desarrollo de los partidos de masas quedó determinado por factores completamente diferentes de aquellos que habían sido prominentes durante su formación. Pizzorno (1966 y 1969) y Kirchheimer (1966) han proporcionado magistrales análisis de estos nuevos factores y de sus consecuencias.

Estos trabajos han puesto de manifiesto la función cambiante de los partidos políticos y de sus organizaciones y han subrayado su adaptación a las nuevas necesidades más que poner en duda su supervivencia y funcionamiento. Como consecuencia de la transformación de la estructura social de las sociedades europeas, ambos autores han pensado que la organización tradicional de los partidos, así como la afiliación de los mismos, iban a disminuir en importancia. Habría que subrayar, sin embargo, que estas ideas eran producto de que creían que la época estaba caracterizada por una decadencia de las formas colectivas de participación política y por una creciente apatía política.

Durante los años setenta, un creciente volumen de publicaciones —excesivamente amplio como para ser citado— ha puesto mayor énfasis sobre la crisis del partido político como tal más que sobre la crisis del modelo clásico de partido de masas. Dicha crisis se atribuye a un cambio gradual, pero muy definido en los elementos determinantes del comportamiento de las masas en Occidente. La lucha por alcanzar objetivos colectivos, que había caracterizado el período de estructuración de la política de masas, estaba basada en un comportamiento determinado en buena parte por compromisos morales, lealtades colectivas, consenso político y participación no específica. Sin embargo, la crisis en las relaciones entre los partidos y la sociedad que era típica de este período no habría de manifestarse mediante una simple decadencia de la participación política y de la identidad colectiva que a su vez provocarían la decadencia del clásico partido de masas y su redefinición y adaptación como «partido de asimilación general» (*catch-all party*). Los resultados de estos cambios no dieron lugar simplemente a una nueva política de «posesividad individual», como parecían creer algunos observadores durante los años sesenta, sino que han provocado más bien una transformación de enorme alcance en las condiciones en que los diversos intereses pueden ser representados en el sistema político, transformación que les permite crear las condiciones para la discusión de problemas y

demandas en aquellas sedes políticas en las que los partidos están confinados a ejercer una función institucional de mediación.

Estos cambios quedan claramente probados por la creciente importancia de los intereses privados organizados, provocada por un tipo de comportamiento político cada vez más influido por cálculos oportunistas, racionales y egoístas a los que se acompañan formas de participación muy específica (8). La tendencia resultante es hacia la representación colectivamente organizada de intereses muy específicos y limitados destinada a dar satisfacción a demandas sectoriales articuladas de modo autónomo. Estas transformaciones actuales derivan en buena parte de la creciente conciencia extendida en amplios sectores de la población de que las condiciones de vida de las personas dependen cada vez más de políticas gubernamentales específicas del Estado de bienestar social y que han dejado de ser el resultado de constantes batallas colectivas dirigidas por los partidos políticos y por sus organizaciones dependientes.

Los partidos —en particular los partidos de masas tradicionales— se enfrentan a estas formas nuevas de comportamiento político con más desventajas si cabe debido a su tendencia inmanente a organizar y representar únicamente aquellos intereses que llevaron a su inicial emergencia, así como aquellas de las fuerzas sociales capaces de influir fuertemente e incluso dañar el proceso productivo. Por tanto, tienden a descuidar sistemáticamente los demás tipos de intereses (9).

Desde este punto de vista, el partido político es una institución que ya no puede desplegar su histórica función representativa como medio de asegurar la estabilidad política. La reciente atención dedicada a temas como el «corporativismo societario» y el «sistema de Estado del bienestar» puede ser interpretada a la luz de los estudios acerca de las nuevas formas y modalidades mediante las cuales la relación entre el Estado y la sociedad puede ser organizada de modo que se mantenga la estabilidad del sistema político

(8) Estos fenómenos nuevos han sido muy hábilmente descritos por SCHMITTER (1977). Sin embargo, este análisis se ha basado mucho en la experiencia de los países de la Europa central y septentrional, por lo que es necesario subrayar que es menos importante en relación a los países de la Europa meridional. En relación a este punto, cfr. LINZ (1979), en especial pág. 180.

(9) OFFE (1977) elabora teóricamente este punto, identificando la naturaleza «represiva» de los modernos sistemas políticos liberal-democráticos con este tipo de selectividad intrínseca en la representación de los intereses. Desde una perspectiva muy diferente, los recientes estudios sobre la protesta posmaterialista también llegan a la conclusión de que las formas no convencionales de comportamiento surgen como consecuencia de una inadecuada representación: cfr. INGLEHART (1977) y BAARNES, KAASE *et al.* (1979).

en una especie de «era pospartidos». Según este punto de vista, la cuestión de la estabilidad electoral de los sistemas de partidos de Europa occidental se convierte en menos importante. Los fenómenos de creciente volubilidad electoral y de reagrupamiento de los partidos son síntomas indicativos, pero la cuestión central es la capacidad del partido político como tal para continuar desarrollando su función de estabilización democrática de nuestras sociedades. Un adecuado tratamiento del problema de la validez de estas nuevas perspectivas relativas a la función de los partidos está mucho más allá del ámbito y de las posibilidades de este artículo sobre el desarrollo histórico y las fluctuaciones de la afiliación en los partidos socialistas democráticos. Además, como sucede en la mayor parte de los casos, la sustancia de un argumento se encuentra en los particulares y es imposible discutir acerca de las tendencias generales de modo breve. La referencia a hipótesis sobre el futuro de los partidos que se encuentran en las publicaciones recientes se ha hecho con la intención de expresar la idea implícita compartida por buena parte de la nueva literatura en relación a las nuevas formas de comportamiento político y de protesta, de organización y activismo en defensa de intereses, etc., es decir, que o bien 1) en los sistemas sociales superorganizados, conscientes y movilizados del mundo contemporáneo, los partidos ya no son capaces de llevar a cabo la función de estructuración y modelación que tenían en el período de desarrollo de la política de masas y han quedado reducidos, consiguientemente, a un mero instrumento que sólo puede reaccionar ante estímulos externos en el terreno de la formulación de políticas, o 2) que si los partidos todavía conservan algunas de sus antiguas capacidades lo harán en virtud de recursos políticos que no sean los de su organización tradicional.

En ambos casos, las formas tradicionales de afiliación y de militancia están condenadas a tener un mero valor simbólico o a la irrelevancia o a ambas cosas, perdiendo terreno ante otras formas de acción y de participación políticas. Es precisamente a la luz de estas hipótesis que el estudio de la afiliación y de la militancia en los partidos —y no sólo en los aspectos cuantitativos a los que se limita este artículo, sino también en los más importantes aspectos cualitativos— posee enorme importancia a fin de comprobar empíricamente importantes aspectos de estas nuevas transformaciones. De hecho, se convierte en uno de los indicadores fundamentales de estas transformaciones. Como vínculo tradicional fundamental entre los partidos de masas y la sociedad, la afiliación continúa siendo una clave importantísima del deterioro, transformación e incluso revitalización de dicha relación. Además, el estudio de la afiliación y la militancia debería llevarse a cabo considerándolas como uno de los recursos de los partidos, investi-

gando específicamente sobre la relación entre la utilización de este recurso y las nuevas actitudes, comportamientos y formas de organización de carácter político que están surgiendo en nuestras sociedades (10). Solamente mediante este tipo de estudios se alcanzarán conclusiones más sólidas sobre la capacidad futura de los partidos para seguir siendo los sujetos principales en la configuración de nuestro cambiante panorama social y político. El hecho de concentrar las investigaciones sobre la función de los partidos en la formulación de políticas por un lado y en las actitudes y el comportamiento de las grandes masas por otro —dos campos que recientemente han llegado a dominar el interés de los investigadores—, podría muy bien abrir una peligrosa brecha en el estudio de la organización de los partidos políticos como vínculo entre los partidos y la sociedad. El problema fundamental consiste en si este tipo de vínculo está simplemente transformándose o está en realidad entrando en decadencia y si, como resultado de ello, los partidos se están convirtiendo cada vez más en instituciones del Estado y cada vez menos en instituciones de la sociedad.

Traducción de FAUSTINO GONZÁLEZ

BIBLIOGRAFIA

1. ALLARDT, E., y PESONEN, P. (1960): «Citizen Participation in Political Life: Finland», en *International Social Science Journal*, 12:1.
2. BARNES, S. (1976): *Party Democracy: Politics in a Socialist Federation* (New Haven: Yale University Press).
3. BARNES, S.; KAASE, M., y otros (1979): *Political Action: Mass Participation in Five Western Nations* (Beverly-Hills: Sage).
4. BARTOLINI, S. (1979): «La sinistra nei sistemi partitici europei (1917-1978): una

(10) Hay que señalar que dos libros recientes y muy importantes dedicados a la participación política —VERBA, NIE y KIM (1978) y BARNES, KAASE *et al.* (1979)— no tratan en absoluto este problema. El primero trata únicamente sobre formas convencionales de participación política y, ampliamente influenciado por la concepción y la experiencia americanas de los partidos y de la militancia, considera el fenómeno de la afiliación como un mero indicador (entre otros) de la identificación partidista. El segundo, por el contrario, estudia la participación y la protesta no convencionales, pero, al desarrollar su análisis exclusivamente a nivel de las actitudes individuales, descarta la influencia de las instituciones políticas. Los autores declaran explícitamente que eligen esta perspectiva, cosa perfectamente legítima. Sin embargo, ello debilita inevitablemente sus extrapolaciones finales respecto a los problemas y a las tensiones que las instituciones de compromiso político contemporáneas —es decir, los partidos, los grupos de interés y los mecanismos de representación y elección—, pueden experimentar como resultado del surgimiento de nuevos temas, actitudes y rupturas que ellos reflejan adecuadamente en su libro.

- analisi comparata della sua dimensione e composizione e dei problemi di sviluppo elettorale», en *Rivista Italiana di Scienza Politica*, 9:1.
5. BERGLUND, S., y LINDSTROM, U. (1978): *The Scandinavian Party System(s)* (Lund: Studentlitteratur).
 6. BERRY, S. (1969): «Party Membership and Social Participation», en *Political Studies*, 17:2.
 7. CAYROL, R. (1974): «Les militants du Parti socialiste», en *Projet*, septiembreoctubre, núm. 88.
 8. CAZZOLA, F. (1969): «Elettori e iscritti del Partito socialista dal 1946 al 1969», en G. SIVINI (recop.): *Partiti e partecipazione politica in Italia* (Milán: Giuffrè).
 9. CLARKE, P., y WILSON, J. Q. (1961): «Incentive Systems: A Theory of Organisations», en *Administrative Science Quarterly*, 6:2.
 10. *Committee of Financing of Political Parties* (1976) (Londres: HMSO).
 11. CONWAY, M. M., y FIEGERT, F. B. (1968): «Motivations, Incentive Systems and the Political Party Organization», en *American Political Science Review*, 62:4.
 12. CORNFORD, J. (1964): «The Adoption of Mass Organisation by the British Conservative Party», en E. ALLARDT e Y. LITTUNEN (recop.): *Cleavages, Ideologies and Party Systems* (Helsinki: Academic Bookstore).
 13. DEWACHTER, W. (1976): *Politieke Sociologie* (Leuven: Universiteit Leuven).
 14. DEAWCHTER, W. (1978): «Changes in the Belgian Party System since World War Two», artículo presentado en el coloquio sobre *Recent Changes in European Party Systems*, Florencia.
 15. DUVERGER, M. (ed. 1967): *Les Partis Politiques* (París: Colin) [1951].
 16. ELVANDER, N. (1977): «Scandinavian Social Democracy: Present Trends and Future Prospects», artículo presentado en el seminario de ECPR sobre *Social Democratic Parties*, Berlín.
 17. GERLICH, P. (1978): «Consociationalism to Competition: The Austrian Party System since 1945», artículo presentado en el coloquio sobre *Recent Changes in European Party Systems*, Florencia.
 18. GOGUEL, F. (1953): «Les partis politiques en France», en *Encyclopédie Politique de la France et du Monde* (París: Editions de l'Encyclopédie Coloniale et Maritime).
 19. HENIG, S., y PINDER, J., eds. (1969): *European Political Parties* (Londres: Allen and Urwin).
 20. HARTENSTEIN, W., y LIEPELT, K. (1962): «Party Members and Party Voters in West Germany», en S. ROKKAN (ed.): *Approaches to the Study of Political Participation* (Bergen: The Chr. Michelsen Institute).
 21. INGLEHART, R. (1977): *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics* (Princeton: Princeton University Press).
 22. KIRCHHEIMER, O. (1966): «The Transformation of Western European Party Systems», en J. LA PALOMBARA y M. WEINER (recop.): *Political Parties and Political Development* (Princeton: Princeton University Press).
 23. LANE, R. E. (1959): *Political Life: Why People get Involved in Politics* (Nueva York: The Free Press).
 24. LANGE, P. (1977): «La teoria degli incentivi e l'analisi dei partiti politici», en *Rassegna Italiana di Sociologia*, 18:4.
 25. LEONARD, D. (1975): *Paying for Parties: the Case for Public Subsidies* (Londres: PEP).
 26. LINZ, J. J. (1979): «Europe's Southern Frontier: Evolving Trends Toward What?», en *Daedalus*, 108:1.
 27. MALEPAKIS, E. (1973): «A Comparative Analysis of Workers Movements in Spain and Italy», artículo presentado en la Convention AHA, San Francisco.

28. MORGAN, R. (1969): «The Federal Republic of Germany», en S. HENIG y J. PINDER: *European Political Parties* (Londres: Allen and Unwin/PEP).
29. MARTIN, C., y MARTIN, D. (1977): «The Decline of the Labour Party Membership», en *The Political Quarterly*, 48:4.
30. *(Les) Militants politiques dans trois partis français* (1976) (París: Pedone).
31. OFFE, C. (1977): *Lo stato nel capitalismo maturo* (Milán: Etas Libri).
32. OSTROGORSKI, M. (ed. 1970): *Democracy and the Organisation of Political Parties*, 2 vols. (Nueva York: Haksell House) [1902].
33. *(Il) Partito socialista: Struttura e organizzazione* (1975) (Venecia: Marsilio).
34. PATERSON, W. E., y THOMAS, A. H. (recop.) (1977): *Social Democratic Parties in Western Europe* (Londres: Croom Helm).
35. PESONEN, P. (1978): «Changes and Stability in the Finnish Party System», artículo presentado en el coloquio sobre *Recent Changes in European Party Systems*, Florencia.
36. PIZZORNO, A. (1964): «The Individualistic Mobilization of Europe», en S. R. GRAUBARD (recop.): *A New Europe?: A Timely Appraisal* (Boston: Beacon Press).
37. PIZZORNO, A. (1966): «Introduzione allo studio della partecipazione politica», en *Quaderni di Sociologia*, 15:3-4.
38. PIZZORNO, A. (1969): «Elementi di uno schema teorico con riferimento ai partiti politici italiani», en G. SIVINI (recop.): *Partiti e partecipazione politica* (Milán: Giuffrè).
39. ROKKAN, S., y VALEN, H. (1962): «The Mobilization of the Periphery»: Data on Turnout, Membership and Candidate Recruitment in Norway», en S. ROKKAN (recop.): *Approaches to the Study of Political Participation* (Bergen: The Chr. Michelsen Institute).
40. ROKKAN, S. (1970): «Readers, Viewers, Voters», en S. ROKKAN (recop.): *Citizens Elections Parties* (Oslo: Universitetsforlaget).
41. ROWIES, L. (1977): *Les partis politiques* (Bruselas: CRJSP).
42. SCHMITTER, P. (1976): «Modalità di mediazione degli interessi e mutamento sociale in Europa occidentale», en *Il Mulino*, 25:248.
43. SEYD, P., y MINKIN, L. (1979): «The Labour Party and its Members», en *New Society*, 20 septiembre.
44. SJOBLOM, G. (1978): «The Swedish Party System in the Post-War Period», artículo presentado en el coloquio sobre *Recent Changes in European Party Systems*, Florencia.
45. SVENSON, P. (1974): «Support for the Danish Social Democratic Party 1924-1939: Growth and Response», en *Scandinavian Political Studies*, 9.
46. TANNAHILL, N. R. (1978): *The Communist Parties of Western Europe: A Comparative Study* (Westport, Conn.: Greenwood Press).
47. VERBA, S.; NIE, N. H., y KIM, J. (1978): *Political Participation and Political Equality: A Seven Nations Comparison* (Nueva York: Cambridge University Press).
48. WELLHOFER, S. E.; HANBY, V. J., y HENNESSY, T. M. (1975): «Clientele Markets, Organizational Dynamics, and Leadership Changes: A Longitudinal Comparison of the Norwegian and British Labour Parties», en L. MAISEL y P. M. SACKS (recopilador): *The Future of Political Parties* (Beverly-Hills: Sage).

FUENTES DE LOS DATOS

Austria

Para las cifras relativas al período 1913-1932: O. LEICHTER, *Glanz und Elend der Ersten Republik*, Europa Verlag, Viena, 1964.

Para las cifras relativas al período 1945-1977: *Berichte an den Bundesparteitag der SPO*, Viena (desde 1945 en adelante).

Bélgica

Para las cifras relativas al período 1951-1963: W. KENDALL, *The Labour Movement in Europe*, Allen Lane, Londres, 1975.

Para las cifras relativas al período 1966-1975: L. ROWIES, *Les Partis politiques*, CRISP, Bruselas, 1977.

Dinamarca

Datos recogidos por A. H. THOMAS, *Social Democracy in Denmark*, en W. E. PATTERSON y A. H. THOMAS (recop.), *Social Democratic Parties in Western Europe*, Croom Helm, Londres, 1977, en base a las siguientes fuentes:

O. BELTOLD, E. CHRISTIANSEN y P. HANSEN, *En bygning vi reyser: Den politiske arbejderbevaegelses historie i Danmark*, Fremad, Copenhague, 1954-55, vols. I y II; *Socialdemokratiet arsberetninger 1924-1943*, y comunicaciones personales de la Dirección del Partido Socialdemócrata: *Medlemsudviklingen 1944-1974*.

Francia

Las fuentes de las cifras relativas a la afiliación en el Partido Socialista son numerosas y contradictorias. Para el período 1905-1954 hemos utilizado las de M. DUVERGER, *Les partis politiques*, Colin, París, 1967. Para el período 1956-1970, las de S. HURTIG, *De la SFIO au nouveau parti socialiste*, Colin, París, 1971. Para el período 1971-1975, las de B. CRIDDLE, *The French Parti Socialiste*, en W. E. PATTERSON y A. H. THOMAS, *Op. cit.* Para el año 1977, las cifras oficiales declaradas en el Congreso del Partido de Nantes (*Le Point*, 27 de junio de 1977).

Cifras diversas las proporciona J. BRAUNTHAL, *Yearbook of the International Socialist Labour Movement* (Internacional Socialista), y H. G. SIMMONS, *French Socialists in Search of a Role 1956-1967*, Cornell University Press, Ithaca, 1970. Las cifras del Anuario de la Internacional Socialista son muy similares a las de DUVERGER y HURTIG, aun cuando no coincidan con ellas. Por el contrario, las cifras de SIMMONS son consistentemente inferiores que las de DUVERGER y HURTIG para el período de posguerra.

Finlandia

Cifras porporcionadas por PERTTI PESONEN.

Alemania

Para las cifras relativas al período 1906-1931: J. BRAUNTHAL, *Op. cit.*; para el período 1946-1975: W. E. PATERSON, *The German Social Democratic Party*, en W. E. PATERSON y A. H. THOMAS, *Op. cit.*

Gran Bretaña

Informe anual del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Laborista (en H. PELLING, *A Short History of the Labour Party*, Macmillan, Londres, 1976). El partido se abrió a la afiliación individual en 1918 y las cifras oficiales del partido en relación a los afiliados individuales sólo son disponibles a partir de 1928.

Irlanda

Para el período 1964-1978, cifras oficiales del partido recogidas por PETER MAIR.

Holanda

Para el período 1895-1939: K. VORRINK, *Een Halve Eeuw Beginseltrijd: Overdenkingen over verleden en toekomst bij een historische mijlpaal*, N. V. De Arbeiderspers, Amsterdam, 1945. Para el período 1945-1946: J. BRAUNTHAL, *Op. cit.* Para el período 1947-1976: S. B. WOLINETZ, *The Dutch Labour Party: A Social Democratic Party in Transition*, en W. E. PATERSON y A. H. THOMAS, *Op. cit.* Para el año 1977: H. DAALDER, *The Dutch Party System 1978 and 1946 contrasted*, artículo presentado en el «Coloquio sobre recientes transformaciones en los sistemas de partidos de Europa», Florencia, diciembre de 1978.

Italia

Para el período 1896-1922, cifras oficiales del partido recogidas por S. CANNARSA, *Il Socialismo ed i XXV congressi nazionali del Partito Socialista Italiano*, Società Editrice Avanti!, Florencia, 1950; para el período 1945-1967, cifras oficiales del partido recogidas por F. CAZZOLA, *Il partito come organizzazione; Studio di un caso, il PSI*, Edizioni del Tritone, Roma, 1970; para los años 1970, 1972 y 1973: *Il Partito Socialista: Struttura e Organizzazione*, Marsilio, Venecia, 1975; para los años 1974 y 1975, cifras oficiales del partido publicadas en *Il partito e il paese: Annuario statistico 1976*, Quaderni della Sezione Centrale di Organizzazione, Roma, 1976, y para el año 1977, cifras oficiales del partido (*L'Espresso*, 26 de marzo de 1978).

Noruega

Cifras proporcionadas por el profesor HENRY VALEN para los años de elecciones. Para los años no correspondientes a elecciones se han utilizado otras fuentes en aquellos casos en que las cifras correspondientes a años de elecciones coincidían con las cifras proporcionadas por el profesor VALEN, como en el caso de: H. KNUT: *The Norwegian Labour Party: Social Democracy in a Periphery of*

LA AFILIACION EN LOS PARTIDOS DE MASAS

Europe, en W. E. PATERSON y A. H. THOMAS, *Op. cit.*; M. DUVERGER: *Les partis politiques*, cit.; U. TORGENSEN: *The Trend Toward Political Consensus: The Case of Norway*, en S. ROKKAN (recop.): *Approaches to the Study of Political Participation*, The Chr. Michelsen Institute, Bergen, 1962. Para el período posterior a 1950, las cifras de KNUT no coinciden con las de VALEN, por lo que sólo hemos utilizado las últimas.

Suecia

Las cifras oficiales del partido recogidas por R. SCASE, *Social Democracy in Sweden*, en W. E. PATERSON y A. H. THOMAS, *Op. cit.*

Suiza

Para el período 1902-1954: M. DUVERGER, *Les partis politiques*, cit.

